

MEMORIAS DE UNA MALA MUJER: LA PERFORMATIVIDAD
FEMENINA EN MALENA ES UN NOMBRE DE TANGO DE
ALMUDENA GRANDES

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA

Estudios con Reconocimiento de Validez Oficial por Decreto Presidencial
Del 3 de abril de 1981



LA VERDAD
NOS HARÁ LIBRES

**UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA**

CIUDAD DE MÉXICO ®

**“MEMORIAS DE UNA MALA MUJER: LA PERFORMATIVIDAD
FEMENINA EN MALENA ES UN NOMBRE DE TANGO DE
ALMUDENA GRANDES”**

TESIS

Que para obtener el grado de

MAESTRA EN LETRAS MODERNAS

Presenta

MARIA CAROLINA VEGAS MOLINA

Directora: Dra. Gloria María Prado Garduño

Lectores: Dr. Ignacio Fernando Padilla Suárez

Dra. Blanca L. Ansoleaga Humana

Esta tesis está dedicada a mi esposo, Santiago Torrado, porque somos un equipo y sin su apoyo, empeño, dedicación y amor, yo no habría terminado esta Maestría.
¡Gracias, Pelu!

Índice

1. Introducción	1
2. Análisis Literario	4
3. Marco Teórico	10
3.1 Aproximación hermenéutica	10
3.2 Teoría de género	12
3.3 La memoria	17
4. La performatividad ‘femenina’	21
4.1 Las malas mujeres	21
4.1.1 Malena, entre ‘mala mujer’ y ‘mucha mujer’	22
4.1.2 Magda, la monja fugitiva	34
4.1.3 La soledad de Soledad	39
4.2 Las Reinas, las ‘buenas mujeres’	43
4.3 Maternidad: El instinto materno o aquello que no existe	50
4.4 El amor y el matrimonio pocas veces van de la mano	63
5. Los herederos de la mala sangre	73
6. La memoria	81
6.1 Malena, la narración como liberación	81
6.2 Soledad y Jaime: El derecho a la memoria de un hombre que perdió la guerra	89
6.3 Magda devela sus secretos	101
7. Conclusiones	106

Memorias de una ‘mala mujer’; la performatividad ‘femenina’ en *Malena es un nombre de tango* de Almudena Grandes

El deseo es el origen de todo movimiento y el movimiento es el rasgo característico de todo ser.

Germaine Greer

1. Introducción

En palabras de Paul Ricoeur, “Toda historia del sufrimiento clama venganza y pide narración” (Ricoeur *Tiempo I* 145). La de Malena Montero es una historia del sufrimiento a varios niveles: el dolor de no saberse realmente amada por su madre, la vergüenza de no pertenecer al prototipo de ‘buena mujer’ que existe en su familia y su sociedad, el miedo ante los secretos que se acumulan a su alrededor y ante los que ella sin querer (sólo porque sabe guardarlos) se ha convertido en receptáculo, en urna.

El derecho a construir una historia válida y verdadera a partir de la propia memoria; eso es lo que crea Almudena Grandes (Madrid, 7 de mayo de 1960) de la mano de su narradora. *Malena es un nombre de tango* es una fuerte crítica social a la realidad de española de 1960 a 1994, pues no sólo cuestiona el ‘deber ser’ de las mujeres y los roles performativos (la puesta en escena del género) que se suponían correctos y que iban con la

norma planteada por las instituciones religiosas y políticas, sino el derecho a la memoria de un pueblo que vivió una dictadura y que prefirió adscribirse a una política de perdón y olvido que no le dejó hacer la paces con su pasado y su historia.

La literatura escrita por mujeres siempre ha sufrido de varios prejuicios. Entre ellos, que sus novelas suelen quedarse suspendidas en el mundo interno de sus personajes sin que estos confronten la realidad social-política del tiempo y lugar en el que se desarrollan los hechos. Precisamente creo que esta novela de Grandes rompe este prejuicio de tajo al presentar una fuerte crítica social.

Por eso mi intención con esta tesis es hacer una aproximación hermenéutica del texto a partir de sus personajes, específicamente de sus personajes femeninos. En especial de la protagonista, Malena, pero al lado de ella a su tía Magda y a su abuela Soledad. Todas ellas llevan el estigma de ser ‘malas mujeres’ y son piezas clave dentro de la construcción de la historia. En contraposición a ellas quiero analizar a las Reinas (la madre y la hermana melliza de Malena), quienes son las ‘buenas mujeres’ y ver cómo influyen en la construcción de ese ‘deber ser’, y como ellas, las propias mujeres, son finalmente las mayores responsables de ejecutar “la violencia mundana que ejercen ciertos ideales de género” (Butler *El género* 25) contra las otras, las parias, las abyectas. A partir de esto quiero analizar como se manejan diferentes temas en la novela, en especial, a demás del ‘deber ser’, la maternidad, el matrimonio y la culpa.

En una segunda etapa entraré de lleno en el campo de la memoria, de nuevo de la mano de los personajes femeninos y principalmente de Malena, pues toda la historia es una asociación libre de su vida. Es el recuerdo y un ejercicio del recuerdo el que construye la trama de la novela, con sus saltos de tiempo, con sus apuntes, con sus olvidos. Por el otro lado está Magda, la memoria de ella es la que revela los secretos, lo que Malena no tiene

posibilidad de saber pues no hace parte de su experiencia sino de la de su tía, pero que es esencial para entender su propia vida. Y está la memoria de Soledad, la abuela paterna, una memoria histórica de la otra España, la que le ha sido negada a Malena, la que se encuentra en el olvido.

Me aproximaré a la novela a partir de un proceder hermenéutico, comenzando con el análisis literario que desembocará en una interpretación posible, para terminar con la reflexión propiamente hermenéutica que validará mi interpretación.

2. Análisis Literario

La novela *Malena es un nombre de tango* (1994), escrita en primera persona, cuenta la vida de Malena Montero desde su infancia hasta los treinta y tres años en un orden aparentemente cronológico pero con analepsis y prolepsis. La narración es una suerte de asociación libre por parte de la protagonista, quien, como descubrimos al final, está contando su vida entera a un psiquiatra que se llama Rodrigo Orozco.

Desde los epígrafes, la autora hace un guiño al lector y le advierte que ésta, en toda su extensión es una novela sobre, valga la redundancia, la memoria. Que ese es el hilo principal de la acción. “La memoria no es más que otra manera de inventar. Eduardo Mendicutti” (Grandes 9).

El texto está conformado por cuatro partes, marcadas con numeración romana de I al IV. La primera, que tiene un epígrafe de *Cumbres borrascosas* de Emily Brönte, narra la infancia de Malena y su crianza al lado de su hermana melliza Reina. Se presenta a la familia materna, los Fernández de Alcántara, la cual está dividida entre quienes heredan la ‘mala sangre’ de Rodrigo el Carnicero, un antepasado que amasó la fortuna de la familia durante la conquista del Perú, y los demás. Malena pertenece al grupo paria, de la mala vena, al igual que su tía Magda, quien no sólo lleva su mismo nombre, Magdalena, sino que también es hermana melliza de su madre, Reina. Los otros dos miembros de este grupo son su tío Tomás y su abuelo Pedro. Él le regala la joya más valiosa que aún conserva de la fortuna de Rodrigo: una esmeralda, y le promete que si no le cuenta a nadie acerca de la piedra ésta podrá salvarle la vida en un futuro.

En la segunda parte, que esta vez lleva un epígrafe del texto de Katherine Ann Porter: *Violeta Virgen*, Malena narra su adolescencia. En especial la historia de su primer y

único gran amor, Fernando. Él es su primo pero viene de la otra familia que tuvo su abuelo Pedro con su amante Teófila, la carnicera del pueblo de Almansilla. Es por esta época cuando Malena se acerca por azar a su abuela paterna, Soledad, y descubre la verdadera historia de la vida y la muerte de su abuelo Jaime.

La tercera parte cuenta la etapa adulta de la protagonista, y comienza con un epígrafe de *Mi Pushkin* de Marina Tsvietáieva. Malena no ha logrado superar el hecho de que Fernando la dejara, aunque eso sucediera cuando ella tenía 16 años. Ahora está casada con un hombre al que no ama y con quien tiene un hijo. El clímax se da cuando Malena se reencuentra con su tía Magda, quien había decidido aislarse de la familia cuando Malena era niña. Gracias a esto comienza a entender y a desentrañar gran parte de los secretos y las mentiras que ha tejido la historia de los Fernández de Alcántara, y eso le abre el camino para que pueda empezar a aceptar su diferencia. Además descubre que su esposo le ha sido infiel durante meses con su hermana Reina, y que esa es la verdadera razón por la cual él le pide el divorcio.

El desenlace se da en la cuarta parte de la novela, cuando Malena encuentra en un cajón de su hermana Reina su viejo diario, el cual creía haber perdido durante un verano en Almansilla. Reina había seguido escribiendo en él como si fuera suyo. Allí dejó registrado cómo tramó el engaño a Fernando para convencerlo de que terminara su relación con Malena, pues Reina, también estaba enamorada de él. El último epígrafe es de *Después de dejar al señor Mackenzie* de Jean Rhys. Al final, tal y como le prometió el abuelo Pedro, la esmeralda le provee a Malena una riqueza que no esperaba y le permite vivir una vida muy cómoda.

“El relato como una forma extensiva a la vez de la Novela y de la Historia sigue siendo por lo tanto, en general, la elección o la expresión de un momento histórico”

(Barthes *El grado* 29). La narradora de la novela es Malena Montero, una mujer que al momento de contar su historia tiene treinta y tres años y quien nació en Madrid en 1960, como recuerda al lector, y al narratario, una y otra vez durante su relato. Este dato es importante, pues Malena nace y crece en una España en dictadura, pero cuando aún es muy joven es testigo de la muerte de Francisco Franco y del paso a la democracia. Esta transición, este momento histórico, marca su historia personal. La doble moral, el ‘deber ser’ creado por su sociedad, la historia de los vencidos durante la guerra civil entre los que se cuenta a su abuelo paterno, todo eso deja huellas en su identidad.

La novela se narra desde la primera persona del singular en estilo directo con un narrador protagonista y un narratario presente durante todo el tiempo de la narración, pero que el lector sólo descubre hasta el final. El narratario es Rodrigo Orozco, un psiquiatra y psicoanalista a quien Malena, tumbada sobre un diván, termina contando la historia de su vida.

Hay un juego de tiempos interesante en el texto. El tiempo objetivo es de unas cuantas horas en las que la narradora está reunida con Rodrigo, contándole su historia. Pero la trama se desarrolla dentro de un tiempo subjetivo, interno, pues es producto de una evocación de la memoria. El fluir psíquico de la narradora es por lo tanto el de la introspección y el autoanálisis, pues ella está realizando una reflexión de su vida desde que tiene siete años hasta el tiempo presente en el que cuenta su historia. Se puede decir que toda la narración es una asociación libre, pues los elementos están ahí: la rememoración, el psiquiatra, el diván.

La novela es dialógica y en ciertos puntos llega a ser polifónica, pues la narradora, se convierte en una especie de narrataria cuando tanto su abuela Soledad como su tía Magda le cuentan partes importantes de sus vidas. Ellas dos son las otras voces narrativas

relevantes en la historia, pero sólo las descubrimos a través de los ojos y la percepción de la narradora, pues ella hace aparecer sus voces al recrear los diálogos que tuvo con ellas.

Como ya dije, los juegos del tiempo son interesantes en este texto. Ya escribí que la mayor parte de la trama se lleva a cabo en el tiempo subjetivo de la memoria de Malena, pero en su narración, en su evocación, hay saltos hacia delante y hacia atrás. Es decir que hay analepsis y prolepsis.

Esta es una obra literaria en donde todo parte del recuerdo. Por eso los espacios de la narración también son una reconstrucción subjetiva de la memoria de la narradora. Hay dos espacios esenciales a la narración: Madrid y Almansilla, el pueblo en Extremadura donde la familia materna de Malena tiene su casa de campo. Sobre todo Madrid es muy bien descrita por la narradora; se señalan calles, lugares y establecimientos específicos que hacen que el texto llegue a tener ciertos toques de novela urbana. Almería también es un espacio importante, pues es a esta ciudad costera a donde huyó Magda y en donde se reencuentra con su sobrina. Además de esto son importantes los espacios que habita la narradora: las casas, tanto las gigantescas mansiones familiares en los dos lugares que ya nombré, como el departamento que tiene con su esposo y el departamento al que se muda después de divorciarse.

El tempo de la historia es ágil. A pesar de los saltos en el tiempo y el espacio, que pueden a veces llegar a dificultar la lectura y confundir al lector, la narración es ágil. Hay un uso amplio de las comas, pero pocos puntos, lo cual lleva a la narración a volverse en ocasiones atropellada. Es como si Malena no pudiera parar de hablar, para no olvidar ninguna de las cosas que quiere decir. El lenguaje que usa la narradora es muy coloquial y muy madrileño. Hay un extenso uso del leísmo, cosa muy típica del habla castellana. También hay un uso amplio del femenino en los artículos indefinidos. La narradora usa

expresiones como: “una sabe”, “una piensa”.

Como ya dije, el libro está dividido en cuatro partes, las cuales se identifican con números romanos del uno al cuatro. Se puede decir que son cuatro grandes capítulos, pues luego el texto continúa sin ninguna otra división específica. Cada uno de estos grandes capítulos está precedido por un epígrafe. Es curioso que cada uno de estos epígrafes sea de escritoras, pero finalmente el tema del ser mujer y la ‘feminidad’ atraviesa la trama de inicio a fin. Cada uno de los epígrafes da una ligera idea de lo que se tratará en el capítulo, sin necesariamente tener una conexión directa con él.

Pero esos no son los únicos epígrafes del libro. Antes de iniciar el texto de la novela, y el capitulado, hay cuatro epígrafes seguidos, organizados en orden cronológico histórico de los autores de dichas frases. Se trata de Catulo, Miguel de Cervantes, Eduardo Mendicutti y Bigas Luna. Los temas que tratan estos epígrafes son el amor, las mujeres, el sexo y la memoria, todos ellos hilos elementales de la acción. Dentro de los hilos de la acción se encuentran, además, la historia reciente de España, la maternidad y la religión.

He de destacar que hay una gran intertextualidad durante toda la narración con obras literarias, entre ellas *La cartuja de Parma* de Stendhal, *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen y, sobre todo y muy importante para entender cómo Malena se percibe en el mundo, *El guardián en el centeno* de J.D. Salinger. También hay una clara intertextualidad con el tango *Malena*, escrito por Homero Manzi, que le da el título a la novela y apodo a su protagonista, quien se llama Magdalena.

La trama se va entretejiendo a partir de la rememoración de Malena, que se encuentra en medio de una búsqueda activa para evocar su memoria y los diálogos que tuvo con diferentes personajes esenciales en su vida y que ella reconstruye en su relato.

Hay un amplio uso del símil a través de toda la novela. También se usa el oxímoron:

“yo la cantante afónica, el prestidigitador manco, el fotógrafo ciego” (Grandes 111). La prosopografía está presente en toda la narración, pues Malena es muy cuidadosa al describir hasta los más pequeños detalles de las personas que la rodean, al igual que la toponimia. El diálogo, citado, está siempre presente en el texto y es una de las principales maneras de narrar de Malena: reconstruir las conversaciones que tuvo con otros personajes de la historia, y en el diálogo sobre todo de boca de Malena hay altas dosis de ironía.

El texto como tal no cuenta con soportes simbólicos externos, pero sí tiene varios internos. Principalmente la esmeralda que le da el abuelo Pedro a Malena, la cual representa el secreto, su estatus como miembro de los de la ‘mala sangre’ y su futuro; también están el cuadro de Rodrigo el Carnicero y el cuadro de su abuela Soledad. De todos ellos hablaré a continuación.

3. Marco Teórico

A partir de un proceder hermenéutico me aproximaré a la novela, partiendo del análisis literario, continuado por una interpretación posible para desembocar en la reflexión propiamente hermenéutica que validará mi interpretación.

3.1 Aproximación hermenéutica

En su texto *La metáfora y el símbolo*, Paul Ricoeur aclara que la obra literaria, a diferencia de cualquier otra obra de discurso, tiene un sentido explícito y un sentido implícito. Es decir, eso que el positivismo lógico diferenció como lenguaje cognoscitivo y lenguaje emotivo (Ricoeur *Teoría* 59). Ese múltiple sentido hace a la literatura ambigua en su raíz. “Pero un texto que sea una obra de arte literaria me parece un texto en sentido eminente, y no es sólo que sea susceptible de interpretación sino que la necesita” (Gadamer *Estética* 192). Gadamer, al igual que Ricoeur, llama a la necesidad de interpretación de una obra literaria. Es por eso que me quiero acoger a dos corrientes específicas de la hermenéutica para llevar a cabo una aproximación a este texto: la propuesta de la triple mimesis de Paul Ricoeur y la de la fusión de horizontes de Hans-Georg Gadamer.

Pero antes que nada: ¿qué es la hermenéutica? En respuesta me remito a Ricoeur, quien escribió: “Entenderemos siempre por hermenéutica la teoría de las reglas que presiden una exégesis, es decir, la interpretación de un texto singular o de un conjunto de signos susceptible de ser considerado como un texto” (Ricoeur *Freud* 11). Es decir que la hermenéutica es un acercamiento consciente por parte de un lector a un texto del que busca comprender más de lo que es obvio. Y es precisamente eso lo que pienso hacer en esta tesis con *Malena es un nombre de tango*: ver más allá de lo evidente y sondear el alma de este

libro de más de 750 páginas.

La aproximación hermenéutica a una obra literaria no sólo logra la comprensión sino la autocomprensión. La manera como mi yo lector se aproxima al texto dice mucho de mí misma, y esta autocomprensión que se logra hace parte de mi experiencia vital. Finalmente un texto leído con el lente hermenéutico me ayudará a aprehender cosas de mi propia vida, parafraseando a Gloria Prado: en un encuentro amoroso entre lector y texto.

Como ya dije, para analizar la novela usaré la propuesta de la triple mimesis de Paul Ricoeur. “Lo que está en juego, pues, es el proceso concreto por el que la configuración textual media entre la prefiguración del campo práctico y su refiguración por la recepción de la obra” (Ricoeur *Tiempo I* 114). La mimesis I es la prefiguración, la “comprensión previa del mundo de la acción” (*Tiempo I* 130). Es decir, que es el contexto del autor mismo, se basa en la experiencia y el conocimiento de lo que se ha vivido y lo que se ha leído. Es el lugar de donde surge la trama, donde se construye antes de entrar al reino del “como sí” (*Tiempo I* 130) en la mimesis II, la configuración. Éste es el mundo de la ficción, el espacio mediado por la trama misma, es la poiesis, el acto de creación del texto. Lo que queda escrito. “Este acto configurante consiste en “tomar juntas” las acciones individuales o lo que hemos llamado los incidentes de la historia; de esta variedad de acontecimientos consigue la unidad de la totalidad temporal” (*Tiempo I* 133).

Se pasa de mimesis II a mimesis III en el acto propio de la lectura. La tercera mimesis es la refiguración que parte del acto de leer y en donde el lector une su conocimiento y experiencia a la obra para crear su propia interpretación. Es el acto mismo de la recepción en donde el lector debe llenar vacíos o, como dijo Umberto Eco en *Obra abierta*, ayudar a completar la obra que está incompleta hasta que el lector la reinventa por medio de la interpretación (75).

“Incumbe a la hermenéutica reconstruir el conjunto de las operaciones por las que una obra se levanta sobre el fondo opaco del vivir, del obrar y del sufrir para ser dada por el autor a un lector que la recibe y así cambia su obrar” (Ricoeur *Tiempo I* 114). Con cada lectura cambia la obra.

Cada interpelación es diferente. En cada una se encuentran el contexto del lector, el mundo de la obra y, sin duda, el universo del autor, para generar una comprensión del texto. Esto es lo que Hans-Georg Gadamer llamó “fusión de horizontes” (Gadamer *Verdad II* 111). Básicamente, lo que se da es un diálogo, una conversación entre texto, lector e, inevitablemente, el autor.

La reflexión hermenéutica implica que en toda comprensión de algo o de alguien se produce una autocrítica. El que comprende, no adopta una posición de superioridad, sino que reconoce la necesidad de someter a examen la supuesta verdad propia. Esto va implicado en todo acto comprensivo y por eso el comprender contribuye siempre a perfeccionar la conciencia histórico-efectual (*Verdad II* 117).

Esta tesis es mi manera de comprender el texto de Almudena Grandes a partir de diferentes teorías que destacan los hilos de la trama que más llamaron mi atención. Después de varias lecturas puedo asegurar que son cada vez más las inquietudes que se despiertan a partir de su texto. A continuación quiero mostrar la refiguración que yo como lectora he hecho de esta obra. Lo que se encuentra a continuación es, parafraseando a Gadamer, mi aporte productivo como intérprete.

3.2 Teoría de género

La novela tiene lugar en un momento histórico definido y dentro de una sociedad con unas características claras. Curiosamente, la narradora y protagonista tiene la misma edad que la

autora. Grandes también nació en Madrid en 1960. Respecto a este hecho, Malena asegura: “había nacido precisamente ahí, en el sur, en 1960, plena dictadura, la época y el lugar donde era necesario esforzarse más, y más duramente, para llegar a ser una buena chica” (Grandes 484). Es lo que conlleva este ser una ‘buena chica’ dentro de su sociedad y sobre todo dentro de su familia lo que marca la pauta en la creación de los personajes femeninos. En una entrevista reciente con el portal argentino de Internet infobae.com, Grandes dijo: “El libro más autobiográfico es *Malena*. Es el personaje de una mujer muy desorientada, que siente que no es perfectamente mujer. Ella, de hecho, de pequeña le rezaba a la Virgen para que la convirtiera en niño. Esa situación de incertidumbre con respecto a su propia femineidad tiene que ver conmigo misma” (Ordoqui, *Almudena Grandes: Al escribir sobre la dictadura*).

No es un secreto que durante la dictadura de Francisco Franco la vida de las mujeres se volvió más compleja y también más aburrida. Sus políticas católicas dictaban que el lugar de la mujer era el hogar y la crianza de los hijos. “El propósito político del franquismo reflejado en la legislación, es la limitación de las mujeres a sus tareas domésticas en el hogar, la recuperación de la familia patriarcal y la subordinación social de las mujeres a un orden patriarcal androcéntrico” (Duby 237). Esta novela tiene lugar en el quiebre de esa sociedad conservadora, religiosa y profundamente patriarcal; y en el inicio de una sociedad libre y democrática. Pero los cambios llevan tiempo y es difícil romper y alterar esquemas impresos en una sociedad. Grandes ha dicho en varias entrevistas que a las personas de su generación las prepararon para un país que se esfumó.

En España la transición no sólo fue un proceso político sino profundamente social, como explica el historiador José María Marín Arce en su ensayo *Algunas claves interpretativas de la transición española*. El país sufrió un retroceso moralista con la

dictadura que duró 36 años, de 1939 a 1975, en el que el papel de la mujer se vio cimentado en las tradiciones católicas de antaño las cuales valoraban la dedicación a la familia, la castidad y la sumisión ante el hombre.

La sociedad entonces estaba regida por un ideal heteronormativo en donde se esperaba que el hombre y la mujer desempeñaron roles específicos. Lo que está en los márgenes no es aceptado, los binomios rigen el orden de una comunidad en donde sólo hay blanco y negro, en la que los grises son abyectos. La amenaza de dicha abyección es la que lleva al sujeto a emerger y a adscribirse dentro de la norma, que es lo que se espera que haga para ser una persona de 'bien'. Y para entrar en ese círculo de lo aceptable se debe cumplir con la performatividad de género binario que rige dentro de la sociedad heteronormativa y patriarcal. Es decir, hay que adscribirse a un 'deber ser'. En el caso de Malena, este 'deber ser' se acoge al ideal de la 'buena mujer', la santa. Lo que no se ajusta a las reglas se ve como defectuoso, pues la heteronormatividad dicta que una persona es un género en virtud de su sexo y que son ellos los que definen su identidad y también su deseo sexual. Esto se crea a partir de un sistema binario de opuestos que une sexo, género y deseo empezando por los términos normal/anormal, un sistema que reducido a su raíz, significa lo que está dentro de la norma y lo que está por fuera de ella.

Pero si partimos de la idea de que el género es adquirido (que a diferencia del sexo genital no se establece biológicamente) entonces tenemos que remitirnos sin duda a Judith Butler. "Si la afirmación de Beauvoir de que no se nace mujer, sino que *se llega a serlo* es en parte cierta, entonces *mujer* es de por sí un término en procedimiento, un convertirse, un construirse del que no se puede afirmar tajantemente que tenga un inicio o un final" (Butler *El género* 98) [Las cursivas son del texto]. Butler plantea que el género es preformativo, que es un hacer que se construye todo el tiempo, que es adquirido. "No existe una identidad

de género detrás de las expresiones de género; esa identidad se construye performativamente por las mismas <<expresiones>> que, al parecer, son resultado de ésta” (*El género* 85).

Lo que presenta la novela de *Grandes* es un abanico de diferentes construcciones de mujeres o para estar acordes con el vocabulario que plantea Butler, diferentes performatividades. Las unas son ‘buenas’ pero la mayoría, incluyendo a la protagonista, son lo que el “deber ser” de su sociedad considera ‘malas’. Son mujeres que se salen de la norma por lo que resultan ser abyectas. “Lo abyecto es perverso ya que no abandona ni asume una interdicción, una regla o una ley, sino que la desvía, la descamina, la corrompe” (*Kristeva Poderes* 25). Estas mujeres abyectas además juegan un papel importante en la psique y la construcción del yo de las ‘buenas’, pues ellas, al no identificarse con estas ‘malas mujeres’, las cuales les generan repulsión por su abyección, se adscriben y se solidifican en la heteronormatividad a la que quieren pertenecer. “Esta matriz excluyente mediante la cual se forman los sujetos requiere pues la producción simultánea de una esfera de seres abyectos, de aquellos que no son “sujetos”, pero que forman el exterior constitutivo del campo de los sujetos” (*Butler Cuerpos* 19).

La construcción del yo se da partir de lo que es el no yo, aquello con lo que no me identifico y que me genera repulsión, lo abyecto. El exterior constitutivo, todo aquello que está por fuera del margen y de la norma; es lo que precisamente fomenta la norma. Lo que está fuera, lo Otro, es lo abyecto y yo me reconozco como normal a partir de ese Otro que no lo es. Recordemos que la palabra normal tiene su raíz en norma. Ésta se crea también a partir de la tradición impuesta por la sociedad. Lo que no se ajusta a las reglas es visto como defectuoso. La heteronormatividad, que es la ley del patriarcado, dicta que una persona es de un género a partir de su sexo biológico y que ello también define su identidad

y su deseo sexual. Pero ya que he nombrado tanto la palabra patriarcado, me parece importante definir el término.

El patriarcado es una toma de poder histórica por parte de los hombres sobre las mujeres cuyo agente ocasional fue de orden biológico, si bien elevado éste a la categoría política y económica. Dicha toma de poder pasa forzosamente por el sometimiento de las mujeres a la maternidad, la represión de la sexualidad femenina, y la apropiación de la fuerza de trabajo total del grupo dominado, del cual su primer pero no único producto son los hijos (Sau 238).

En la época de Malena el ‘deber ser’ del sistema patriarcal en el que vive indica que una mujer debe querer casarse con un hombre que cumpla con el prototipo de marido ideal, adinerado y guapo, querer tener hijos y aceptar que el amor romántico está por encima del deseo sexual.

Al final, como asegura Foucault a lo largo de toda su obra sobre la historia de la sexualidad, todas las sexualidades forman parte del discurso de poder, las correctas y las incorrectas. “Es posible que occidente no haya sido capaz de inventar placeres nuevos, y sin duda no inventó vicios inéditos. Pero definió nuevas reglas para el juego de los poderes y los placeres, y allí dibujó el rostro fijo de las perversiones” (Foucault *Historia I*. 48). Lo perverso es lo que está fuera de la norma.

“El género es la estilización repetida del cuerpo, una sucesión de acciones repetidas –dentro de un marco regulador muy estricto- que se inmoviliza con el tiempo para crear la apariencia de sustancia, de una especie natural de ser” (Butler *El género* 98). La performatividad de género es una repetición que permite al discurso de poder convertir en acción aquello que se nombra. Vuelve natural o esencia un conjunto de comportamientos sobre los cuales se basa la creación del estereotipo de aquello que se considera femineidad y

masculinidad. El problema parte del momento en que la sociedad determina qué es la feminidad y estipula que “el término “mujeres” indica una identidad común” (*El género* 49). La amenaza de la abyección ayuda al sujeto a emerger y a adscribirse a una en una heteronormatividad que le hace construir su performatividad a partir de los ideales binarios de género que rigen la sociedad patriarcal. Precisamente, lo que hacen Malena y las demás ‘malas mujeres’ en esta novela es poner en crisis las nociones naturalizadas, la norma, precisamente porque se salen de ella y la rebasan, ya sea por carencia o por exceso, pues los extremos son los que más fácilmente logran salirse de los límites y colocarse en el exterior.

3.3 La memoria

Desde los epígrafes de la novela la autora hace un guiño al lector y le advierte que ésta, en toda su extensión es finalmente una novela sobre la memoria y que ese es el hilo principal de la acción: “La memoria no es más que otra manera de inventar. Edurado Mendicutti” (Grandes 9).

Como ya sabemos, Malena va narrando la historia de su vida desde los siete hasta los treinta y tres años. En este tiempo descubre secretos e historias desconocidas sobre su familia, desentierra un pasado que va desde las épocas de la Guerra Civil hasta 1993, que es cuando termina el relato. Almudena Grandes se atreve a escribir de un pasado, de una historia que no sólo le fue negada a su personaje, sino en general a los jóvenes que crecieron durante la dictadura de Francisco Franco y que luego hicieron la transición a la democracia sin haber tenido una explicación formal de los hechos que finalmente construyeron la nación en la que crecieron. Ricoeur sostiene que la intencionalidad histórica de una obra literaria está desde la prefiguración hasta la refiguración. “En virtud de su posición media entre el “antes” y el “después” del texto poético, la operación

narrativa presenta ya los rasgos opuestos, cuyo contraste los incrementa el conocimiento histórico” (Ricoeur *Tiempo I* 297).

Como ya he dicho, la escritora nació en el mismo lugar y año que la narradora. Grandes ha sido militante de izquierda desde joven y ha abogado con fuerza en contra del silencio impuesto durante la transición a causa de la amnistía y la ley de perdón y olvido. Además, estudió historia, y ese interés por la memoria y por la historia no oficial de España ha estado presente en gran parte de su obra. Su más reciente proyecto titulado *Episodios de una Guerra Interminable*, es una serie compuesta por seis novelas con historias independientes que narran diferentes aspectos de la Guerra Civil y la posguerra. Hasta ahora se han publicado los primeros tres títulos de la colección.

“El horror es el negativo de la admiración, como la execración lo es de la veneración. El horror va unido a acontecimientos que *no se deben olvidar jamás*. Constituye la motivación ética última de la historia de la víctimas” (Ricoeur *Tiempo III* 910). [Las cursivas son del texto]

El interés de la escritora por ir develando apartes de la historia oculta de España, de la historia de los vencidos, está presente desde *Malena es un nombre de tango*. Y su motivación para contar una historia de la memoria en donde se habla de lo que estaba vedado, creo, es la de evitar el olvido o precisamente recordar aquello que durante tanto tiempo se trató de dejar en olvido como política nacional. Durante su charla en el Hay Festival de Cartagena en 2010, Grandes confesó al público que esta novela había marcado su carrera. “Malena fue la primera novela que escribí con naturalidad. Ya tenía derecho a escribir una novela”.

Según Ricoeur, el relato de ficción no sólo se parece sino que imita al relato histórico porque busca narrar hechos “*como si*” (*Tiempo III* 913) hubieran ocurrido. “Una

voz habla y narra lo que, para ella, ha ocurrido. Entrar en la lectura es incluir en el pacto entre el lector y el autor la creencia de que los acontecimientos referidos por la voz narrativa pertenecen efectivamente al pasado de esta voz” (*Tiempo III* 914).

Estamos oyendo a Malena contar su historia, es un relato que surge de su memoria y que se teje con las memorias de Soledad y Magda. Son las únicas voces que realmente llegamos a conocer, pero de la única que sabemos qué está pensando es Malena pues, como ya hemos establecido, ella narra en primera persona.

En general, la memoria pretende ser verídica pero necesita ser cotejada por la Historia, ya que la memoria parte de una construcción subjetiva. Ricoeur nos recuerda que la memoria funciona siguiendo las huellas de la imaginación y la imaginación siempre parte de lo emocional (Ricoeur *La memoria* 21). Esta relación es preciosa, sobre todo si se tiene en cuenta que la novela nace de la imaginación de la autora quien crea un personaje que hace un ejercicio de memoria, en parte de memoria histórica así sea una trama de ficción, en donde se unen los recuerdos de la autora y del personaje para crear una España *como si* fuera la España real.

En es país hubo durante años lo que Ricoeur llama abusos de la memoria: “los abusos en el sentido fuerte del término, que se derivan de la manipulación concertada de la memoria y del olvido por quienes tienen el poder” (*La memoria* 110). Esa memoria marcada por el abuso es la que ayudó a construir la identidad de la nación en la que se crían tanto Almudena Grandes como Malena Montero.

Romper con esa memoria y generar una memoria propia, así sea la memoria de un personaje de ficción, es un acto de irreverencia en el sentido más profundo. Y esto le da un valor muy especial a la novela. Porque más allá del drama familiar y amoroso, en las subcorrientes de la historia, se encuentra el deseo por saber más del país en el que se ha

crecido. Por descubrir la historia oculta, como ya dije la historia de los vencidos, por honrar a los héroes sin tumba. Por cuestionar lo sagrado, lo oficial, el 'deber ser' y plantear la posibilidad de una historia paralela, una historia propia, una nueva manera de ver el mundo. Por presentar la abyección como una posibilidad y cuestionar la heteronormatividad.

Las evocadoras de la memoria en esta novela son Malena, Soledad y Magda y acercándome a ellas haré la aproximación hermenéutica en esta parte del texto.

4. La performatividad ‘femenina’

No se nace mujer: llega una a serlo

Simone de Beauvoir

El género se construye a partir de un contexto histórico en el que se cruzan temas como raza, clase, etnia, y demás identidades que se crean a partir del discurso. Entonces, siguiendo las teorías de Judith Butler, el género no se puede separar de la realidad política y cultural pues son éstas las que producen y mantienen el discurso. Es ésta misma la razón por la que quiero plantear este capítulo a partir de la idea de las performatividades y no del ser mujer, pues el concepto mismo de mujer tiene en sí una idea reguladora, una norma. ¿Qué es ser una mujer? ¿Es tener unos órganos sexuales femeninos? ¿Es la capacidad de parir? ¿Por qué siempre tenemos a hablar de la mujer en singular? La novela de Almudena Grandes plantea también una pregunta aún más interesante: ¿Qué diferencia a una ‘buena mujer’ de una ‘mala mujer’? Para poder explicar mejor estos conceptos haré perfiles hermenéuticos de los personajes femeninos más importantes de la novela y los dividiré en esas dos categorías. Comencemos con las ‘malas mujeres’

4.1 Las malas mujeres

Las ‘malas mujeres’ son las parias, las abyectas. Aquellas cuya performatividad no entra dentro del esquema heteronormativo, las que no se adscriben al ‘deber ser’. En la novela conocemos a tres de estas mujeres: Malena, Magda y Soledad. Ellas son las Otras, las distintas. A continuación veremos por qué.

4.1.1 Malena, entre ‘mala mujer’ y ‘mucha mujer’

El libro más autobiográfico es *Malena*. Es el personaje de una mujer muy desorientada, que siente que no es perfectamente mujer

Almudena Grandes

¿Quién no ha sentido cuando niño que de cierta manera no encaja, como si fuera una pieza equivocada en el rompecabezas que es su familia? Con los años, en algunos casos, se aprende a aceptar que se es diferente. Que simplemente no se es lo que los demás esperaban. Pero el proceso puede ser arduo, largo y doloroso. Sobre todo cuando el ‘deber ser’ es una mentira, una construcción superficial basada en la doble moral, en donde al final nadie cumple con el ‘modelo ideal’ pues todo se basa en simples apariencias. Las apariencias de una familia convencida de que por su alcurnia debe servir como ejemplo social y quienes no se amoldan a dicho requerimiento son rechazados de manera tácita como suerte de ovejas negras dentro de su comunidad familiar.

Malena se reconoce desde pequeña como paria. No sabe bien qué está mal con su ser, pero tiene claro que nunca logrará la perfección de su hermana Reina, ni la de su madre. Por eso, desde los siete años, reza todas las noches:

Virgen Santa, Madre Mía, hazme este favor y no te pediré nada más en toda mi vida, si a ti no te cuesta trabajo, tú puedes conseguirlo, Virgen María, por favor,

hazme niño, anda, si no es tan difícil, conviérteme en un niño, porque es que yo no soy como Reina, es que yo, de verdad, Virgen Santa, por mucho que me esfuerce, es que yo para niña no sirvo... (Grandes 29).

No es que Malena quisiera en verdad ser un niño. No soñaba con un pene, ni le gustaban las niñas (recordemos que en su universo heteronormativo a los niños deben gustarles las niñas). Lo que pasa es que siente que aquello que ha de ser una mujer, o una niña, está representado en su hermana y su madre y le es inalcanzable. Ella no sabe estar impecable, ser delicada, no ensuciarse cuando juega o come, tener buena letra, sentarse y levantarse con gracia. Además es grande, tosca y de piel más oscura.

Como ya he escrito, a lo largo de toda la novela hay mucha intertextualidad, pero cabe resaltar que la que tiene relación directa con Malena es que hace referencia a *El guardián entre el centeno*, más específicamente a Holden Caulfield personaje con el que ella se identifica durante su adolescencia, precisamente debido a que es un hombre rebelde que decide escapar de su sociedad, porque no se siente parte de ella y cree que todos son unos hipócritas.

El peso de la palabra ‘puta’

Los epígrafes revelan factores determinantes para el desarrollo de la historia, sobre todo del personaje de Malena. El que quizás más llama la atención es el último: “Existen tres tipos fundamentales de mujeres: la puta, la madre y la puta madre. Bigas Luna” (9). Precisamente una de las categorías que define al personaje de Malena es ‘puta’. Con toda la carga moral y de desaprobación social que lleva, sobre todo en una España marcada por los ideales conservadores, en especial en cuanto a lo que respecta al ‘deber ser’ de la ‘buena mujer’ y el concepto de familia.

La palabra toma gran fuerza en la historia cuando la madre de Malena descubre en una visita al ginecólogo con sus hijas, que la protagonista no es virgen. Las mellizas tienen dieciséis años en ese momento. Reina había estado quejándose de fuertes dolores menstruales desde hacía meses por lo que Malena le insiste a su madre que la lleve al médico, pero una vez allá el doctor decide, como siempre, que de paso aprovechará para revisar a ambas y luego le cuenta de su hallazgo a la madre.

Reina estaba bien, y eso era lo único que me importaba. Y no me dolió la bofetada que me pegó mi mamá apenas me tuvo delante, ni que me gritara que no quería volver a saber de mí en toda su vida en una sala de espera repleta de gente extraña, ni que me llamara puta a gritos en plena calle. Lo que me dolió fue que, cuando paró un taxi y abrió la puerta para que mi hermana pasara delante -¡vamos hija!-, ella ni siquiera volvió a mirarme (303).

Después del episodio, Reina se mejora como por arte de magia, lo que levanta la sospecha de que fue una trampa, precisamente para que su hermana quedara marcada por la vergüenza ante su familia.

Y aunque ninguna de las Reinas, ni la madre ni la hija, vuelven a llamar puta a Malena como tal, sí lo sugieren todo el tiempo. Principalmente lo hacen llamando “chulos” a todos los hombres con los que Malena ha tenido relación. Le dicen que se cuide de hombres así, por su bien. En un principio ella no asocia esa palabra consigo misma, pero luego, después de oírla tantas veces le cae el veinte. “Pero sabía que chulo es además, incluso en Madrid, un hombre que explota a las mujeres, que las prostituye en las aceras y que se enriquece a su costa, y sabía qué nombre reciben ellas” (483). Al referirse así a los hombres con los que ella sale, le estaban diciendo, una vez más, puta. Así fuera de manera sutil. “Las muchachas que se vanaglorian de su instinto monógamo no vacilan en emplear

toda la artillería de términos sexuales despectivos para referirse a las mujeres que no lo son” (Greer 352). Lo curioso es que Reina no es precisamente monógama.

Además, a Malena la marca lo que le dice su primer amor al dejarla: “-Verás, india –la voz le temblaba como si estuviera enfermo, aterrado, agonizando de hambre o de miedo-. Todas las mujeres no son iguales. Hay tías para follar y tías para enamorarse, y yo... Bueno, me he dado cuenta que a mí ya no me interesa lo que tú me puedes dar, así que...” (Grandes 323). Eso la define el resto de su vida, al punto de dejar, más adelante, a Agustín, un hombre con el que es feliz y sexualmente compatible sólo porque se excita cuando él la llama ‘zorra’. Y como las Reinas no hacen más que repetir que él es un chulo, le reiteran lo que ella teme y es que todos la ven como una puta, incluso ella misma. Rafael M. Mérida asevera en su artículo *Palabras y palabrotas*: “Somos palabras, y con ellas nuestros cuerpos también adquieren entidad e identidad. Las palabras nos definen y nosotros definimos las palabras en feliz o inconsciente contienda a lo largo de los siglos, esa historia que es la suma de infinitos presentes” (9).

Como la vida le ha enseñado que las mujeres ‘buenas’ no pueden sentir deseo cuando las insultan (porque decirle a una mujer una palabra alusiva a la prostitución, o a su manera de disfrutar del sexo, es el peor de los insultos en la sociedad heteronormativa), prefiere casarse con un hombre del que no está enamorada y que la ve solamente en el rol de madre y esposa, con el peso que lleva estar de ese lado del binomio. Es más, minutos después de casarse con Santiago, Malena reflexiona que el vestido que lleva puesto su hermana le quedaría mejor a ella, pero en cambio su marido le sentaría más a Reina.

Malena y Reina: juego de espejo

Es importante destacar que Reina y Malena no sólo son mellizas sino binomios

opuestos en todo sentido. La una es rubia, la otra morena; una es delgada y pequeña, la otra es gruesa y grande; la una se cree buena, la otra se siente mala. Me atrevo a decir que los personajes están contruidos a partir de los binomios hegemónicos que según Derrida son los responsables de reafirmar el discurso de poder. “Derrida demostró que la constitución de una identidad siempre se basa en la exclusión de algo y el establecimiento de una jerarquía violenta entre los dos polos resultantes: hombre/mujer, etc. Lo peculiar del segundo término queda así reducido a la función de un accidente, en oposición al carácter esencial del primero” (Hall 19). Es decir, que mientras las categorías que identifican a Reina son las ‘correctas’, las que definen a Malena son ‘accidentes’, errores que la excluyen de un ‘deber ser’ al que ella no logra acoplarse. Ella es todo lo que se supone que no se debe ser: oscura, grande, gruesa, sexual, pecadora.

Esa es una de las razones por las cuales Malena siempre ha pensado que su madre y su hermana, quienes comparten el mismo nombre, son el ejemplo de lo que ha de ser una ‘buena mujer’. Los nombres en la historia juegan un rol importante. Las Reinas llevan el nombre de la Reina de los Cielos, es decir de la Virgen. Son santas desde el momento en que les dan su nombre. También son las pequeñas monarcas de esa dinastía familiar, quienes gozan del protagonismo, quienes dan ejemplo y tienen la última palabra. No es secundario que ellas sientan que tienen el poder de juzgar y castigar a las otras, las pecadoras, pero a eso volveré más adelante.

En cada generación de la familia hay, y ha habido, por lo menos una Reina. En un principio fue a Malena a quien planeaban llamar Reina, pues parecía que ella sería la única sobreviviente de las mellizas que esperaba su madre. Nació grande y fuerte, y pudo ir a casa de inmediato. En cambio su hermana nació moribunda, pequeña y desnutrida, a causa de una placenta calcificada que no le permitió terminar correctamente su desarrollo en el

vientre. Mientras a Malena la crió una nana, pues necesitaba apenas el biberón y el cambio de pañal, la madre se dedicó por entero a la pequeña Reina a quien luego decidió darle su nombre y cambiar el de la niña regordeta por aquel otro que también reaparecía de generación en generación. La madre de ambas aseguraba en público que no había sido ella sino los médicos quienes bautizaron a la pequeña Reina, pues era el nombre de la madre y la registraron con él porque no sabían que otro poner, pero Malena sospechó siempre que la decisión fue premeditada, “porque ella, que antes de recibir la primera caricia había triunfado ya sobre tantos obstáculos, merecía llamarse Reina más que yo” (Grandes 39).

Malena y su tía Magda, en cambio, cargan con el peso del nombre de la gran pecadora de la historia del cristianismo: María Magdalena. En la familia este nombre se remonta a su antiguo pasado en el Perú. Rodrigo el Carnicero, después de conquistar una gran fortuna, se casó con una mestiza llamada Ramona. Tuvieron una hija, Magdalena. Después de que Ramona encontró a Rodrigo teniendo relaciones con un esclavo, lo maldijo a él y a su estirpe. Meses después él murió a causa de una enfermedad venérea que literalmente reventó su pene cubierto por pústulas. La maldición hizo que a la familia la cubriera un manto negro, que se creara la leyenda de la mala sangre y que se creyera que Ramona era bruja. Para expiar los pecados de sus padres Magdalena entró a un convento a los quince años. Desde entonces hay una Magdalena en cada generación.

El binomio de los nombres Reina/Magdalena entra de manera tácita en la categoría de virgen/puta o santa/pecadora.

Quizás por eso ninguna de las Magdalenas se hace llamar por su nombre real sino por apodos, para hacer más amable la marca, el estigma con el que fueron nombradas. También es curioso que sea precisamente Magda –su madrina de bautismo–, quien le da su apodo a Malena, y le recuerda siempre que es lindo pues es un nombre de tango. La letra,

escrita por Homero Manzi, dice: “Yo no sé si tu voz es la flor de una pena, sólo sé que al rumor de tus tangos, Malena, te siento más buena, más buena que yo”. Además es importante que el tango habla de la pena y de la bondad, dos temas que trazan la totalidad de la trama de la novela.

Desde pequeña ella se enfrenta a la realidad de que por diferentes factores físicos y de personalidad nunca se va a parecer a las Reinas y por eso empieza a rezar para que un milagro la convierta en niño. Malena se ha visto expuesta a lo que la filósofa Judith Butler llama: “la violencia mundana que ejercen ciertos tipos de ideales de género” (Butler *El género* 25) que se originan sobre todo a partir del concepto de la ‘mujer real’ que ella señala como una ficción social (*El género* 273).

Malena se siente rechazada pues cree que por el hecho de no ser como su madre y su hermana, por no ser una ‘buena mujer’, la única salida que le queda es convertirse en hombre pues no se siente suficientemente ‘femenina’. Esto es curioso, porque después de que su cuerpo pasa por la pubertad, que además vale anotar se desarrolla a los doce años y dos años antes que su hermana melliza, ella se vuelve “mucha mujer” (Grandes 447). Sus curvas, su belleza oscura, la convierten en una mujer que despierta el deseo en los hombres. Y es precisamente esto lo que la pone, de nuevo, del lado oscuro de los binomios pues no es una mujer santa, recatada. Se debe cumplir con cierta performatividad femenina en las dosis indicadas, cuando se exceden también se convierten en error, pues se salen de la norma.

Es interesante ver que el otro epígrafe de la novela es: “No hay carga más pesada que una mujer liviana. Miguel de Cervantes” (9). Éste cobra aún más importancia cuando descubrimos quién es ‘buena’ y quién ‘mala’ (si es que cabe usar precisamente esas categorías binarias) en la historia. Vemos cómo Reina, con tal de tener todo lo que es de

Malena, su primer amor, su esposo, su hijo y su diario, es la gran responsable del hundimiento de su hermana en la culpa (tema que retomaré más adelante). La anterior es la carga más pesada de Malena durante los primeros treinta y tres años de su vida, que es lo que dura la historia que nos es narrada. “Lo esencial de la culpabilidad está contenido ya en germen en esa conciencia de verse ‘cargado’ abrumado de un ‘peso’. Eso es lo que fue y será siempre la culpa: el mismo castigo anticipado, interiorizado y oprimiendo ya con su peso la conciencia” (Ricoeur *Finitud* 367). Ella siente culpa por no poder cumplir con el ‘deber ser’ de la mujer impuesto por su familia y su sociedad, por no ser una santa; por ser diferente y sobre todo por no esconder su diferencia. Por un lado porque no puede esconderla, su cuerpo es obvio a la vista, y también porque su personalidad no le permite vivir en la mentira y el secreto.

El ámbito público de la ciudadanía moderna fue construido de una manera universal y racionalista que impidió el reconocimiento de la división y el antagonismo, y que relegó a lo privado toda particularidad y diferencia. La distinción público/privado, central como ha sido para la afirmación de la libertad individual actuó por consiguiente como poderoso principio de exclusión (Mouffe 119).

Tal como plantea la politóloga belga Chantal Mouffe, lo que genera el reproche y el rechazo es ser públicamente diferente. La tan bien conocida doble moral en donde la ropa sucia se debe lavar sólo en casa.

El cuerpo

Malena es todo cuerpo. Su cuerpo es el que reacciona ante el deseo y es el deseo el que finalmente la lleva al amor. Desde el principio ella es conciente de su corporalidad. Cuando apenas es una niña descubre el placer de la masturbación, sabe tocarse, no se

ignora, al contrario se conoce. Por eso cuando ve por primera vez a Fernando, poco antes de cumplir lo dieciséis años, siente que cuando él la mira ella se ilumina como un árbol de navidad y siente que estalla en mil colores. “Mi cuerpo ya había elegido por mí” (Grandes 180). Lo que primero despierta en ella es el deseo. Quiere que él la toque. Cuando él la besa y la acaricia se siente linda por primera vez en su vida. Y ese despertar la lleva a no confesarle a Fernando que es virgen antes de tener sexo por primera vez con él, porque no quiere que él se detenga. Es después de tener relaciones cuando se enamora, al principio sólo lo desea. Minutos más tarde le revela a Fernando que esa fue su primera vez y él se pone furioso, pues no quería cargar con la responsabilidad de marcarla de por vida. Pero no es eso lo que la marca, es la manera como él decide terminar su relación, usando la libertad con la que ella le entrega su cuerpo, y goza de su cuerpo, como argumento.

“Más que *tener* un cuerpo o *ser* un cuerpo, *nos convertimos* en un cuerpo y lo negociamos, en un proceso entrecruzado con nuestro devenir sujetos, esto es individuos, ciertamente, pero dentro de unas coordenadas que nos hacen identificables, reconocibles, a la vez que nos sujetan sus determinaciones ser, estar, parecer o devenir” (Torras 20) [Las cursivas con del texto]. Malena es todo carne, todo redondez. Su cuerpo es una presencia constante. Desde el momento en que reza con el deseo de convertirse en niño, cuando descubre la masturbación, cuando Fernando le dice que sus pezones son violeta, hasta el momento en que decide echarse cremas para evitar las estrías durante el embarazo. Siempre está ahí, a la vista de todos, y es lo que hace que muchos la etiqueten de cierta manera. Ya sea como “mucha mujer” (Grandes 447), como una “tía para follar” (323), como una mujer hermosa, o como una puta. Es más, el apodo que le pone su primer novio es “India” (224), lo cual resalta aún más su posición de paria dentro de la familia, que tanto aprecia a los rubios de ojos verdes quienes no llevan la ‘mala sangre’.

Y después de un par de años de entumecimiento a causa del dolor que le genera el fin de su relación con Fernando, cuando entra a sus veinte años, además de dedicarse a la fiesta y a las anfetaminas, comienza a vestir de manera estrafalaria. Quiere que la miren. Y es así cómo conoce a Agustín, el hombre más feo que ha visto en su vida. Igual va y se acuesta con él minutos después de conocerlo. “-Ahora te merecerías que yo te dijera que nada más verte, adiviné que era la clase de chica que se iría de aquel bar a las dos de la mañana con el primer tío que se lo propusiera” (452). Él también le asegura que ella es “mucho mujer” (447) y que se ve mejor desnuda que vestida.

Una vez más ella reitera que lo que le genera placer es que la deseen, que la vean como un ser sexual. Por eso tampoco rehúye acostarse con su tío Porfirio, el hijo de Teófila, cuando él se ofrece a llevarla de vuelta a Madrid después de que ella intenta por última vez buscar a Fernando. Incestuosa y fácil. ¿Qué más se puede esperar de una ‘mala mujer’?

Su esposo Santiago le parece un hombre hermoso desde la primera vez que lo ve, pero su cuerpo no reacciona. No lo desea. Siente cierta animadversión hacia él cuando descubre que no le gusta comer vísceras, en cambio a ella pocas cosas le gustan tanto como las mollejas y los callos. A él le dan asco y ella se tiene que evitar sus comidas favoritas. Así mismo es muy limpio y pulcro en la cama, no acepta palabras vulgares ni prácticas que se salgan de lo tradicional. Sobre todo, no es espontáneo, no muestra su deseo hacia su esposa. Malena se ve forzada a fingir orgasmos desde su noviazgo y durante casi todo su matrimonio.

“Lo que me atraía a mí eran las palabras que sabían decirme ciertos hombres, sus pollas, y sus manos, y su voz, y su sudor... esas cosas sólo les gustan a los maricones, dijo alguien” (489). La manera como ella vive su sexualidad es considerada abyecta y, más aún,

no femenina. Se la identifica con la de un hombre, un hombre gay, no una mujer. “La matriz cultural –mediante la cual se ha hecho inteligible la identidad de género- exige que algunos tipos de <<identidades>> no pueden <<existir>>: aquellas en las que el género no es consecuencia del sexo y otras en las que las prácticas del deseo no son <<consecuencia>> ni del sexo ni el género” (Butler *El género* 72). Una vez más, la performatividad de Malena es impertinente y ella lo sabe y lo siente: “yo seguía sintiéndome anormal, descubriendo en cada esquina un dedo índice que me señalaba, que me distinguía, que me segregaba del resto de las mujeres” (Grandes 488).

Quizás lo que más escandaliza a Santiago es cuando Malena confiesa en una reunión social que sobre todo le apetece tener relaciones sexuales cuando tiene la regla, a lo que Santiago obviamente nunca conciente. Pocas cosas más abyectas que la menstruación y más aún, que una mujer no sienta asco de su propia sangre menstrual. Germaine Greer dice en *La mujer eunuco*: “la menstruación sigue inspirándonos una fuerte repugnancia, generada principalmente por nuestros esfuerzos para mantenerla en secreto” (69). En gran medida el horror se basa en creer que la sangre menstrual es un tipo de sangre diferente a la que corre por el resto del cuerpo. Esto lo reitera Julia Kristeva en *Poderes de la perversión* al remarcar que la menstruación es un fluido excremental contaminante que viene de adentro (*Poderes* 96). De ahí el horror ante el sexo durante la menstruación y la propuesta de Greer, a las mujeres que se creen emancipadas, de probar su propia sangre menstrual.

De la culpa al reconocimiento

La culpa, que finalmente es el castigo psicológico que se da el ser humano a sí mismo al saberse fuera de los límites de lo aceptable y al sentir que no pertenece, es el vehículo que lleva a Malena a tomar decisiones que cambian su vida para siempre. “Ser

culpable sólo significa estar dispuesto a soportar el castigo y a constituirse en sujeto de punición” (Ricoeur *Finitud* 367) Ella cree que lo que ocurre en su vida es consecuencia directa de su mala sangre. De ser una paria que no se reconoce dentro de los ‘buenos’ de la familia.

Mala sangre, mala suerte, mala mujer, mala madre. Por no haber deseado el hijo que iba a tener, por haber deseado tantas veces no tenerlo, por haberle ocultado su existencia a su padre durante más de un mes, por no haber experimentado placer al cubrirme con cualquiera de aquellos horrendos sacos de cuello marinero, por haberme mirado desnuda en el espejo y haber sentido asco, y un poco de miedo, por no haber comprado todavía ni un puñetero babero, por haberme preguntado tantas veces qué coño iba a hacer yo con un crío en brazos todo el santo día, por no haber curvado los labios en una sonrisa idiota cada vez que me cruzaba por la calle con un bebé que paseaba en su cochecito, por haber intentado eliminar cualquier huella de su estancia en la superficie de mi cuerpo, por haber follado como una perra callejera con un extraño cuando él ya navegaba plácidamente en mi interior, por no haberme encontrado aún el dichoso instinto en ninguna parte, por haber adivinado que ser una mujer es casi nada, por todo eso, ahora tenía que pagar (Grandes 577).

Cree que no desear ser madre, no estar feliz en su matrimonio y ser infiel mientras está embarazada, la alejan aún más de ese ‘ser mujer’ que le ha sido alimentado por su madre y por su sociedad desde pequeña. Ella siente culpa por eso.

Después de vivir sumida en la culpa durante tantos años, Malena tiene su momento de anagnórisis o reconocimiento. “El reconocimiento, como su nombre lo indica, es una inversión o cambio de ignorancia a conocimiento que lleva a amistad o enemistad de los predestinados a mala o buena ventura” (Aristóteles 16).

La máscara de Reina se cae en dos tiempos. Primero cuando Malena se reencuentra con Magda y gracias a su conversación descubre que es su hermana quien ha sido amante de su marido durante todo este tiempo, y que es ella la verdadera razón detrás del divorcio. Bueno, específicamente detrás de que haya sido Santiago quien le pidiera el divorcio a Malena, y no al contrario, pues ese matrimonio no tenía futuro. Luego Reina se toma la que fuera la casa de Malena, sus cosas y trata de quedarse también con su hijo. Pero el momento definitivo, el que ilumina la narración, es cuando Malena encuentra su viejo diario, aquel que pensó haber perdido en un verano en Almansilla, en el cajón de su hermana y descubre que la responsable del fin de su relación con Fernando es ella. Reina se había enamorado de él también y lo engaña para convencerlo de que si sigue su noviazgo con Malena su familia se quedará sin la herencia del abuelo. Y él le cree.

4.1.2 Magda, la monja fugitiva

Cuando muere el abuelo Pedro y se procede a leer su testamento, la familia Fernández de Alcántara sufre un gran disgusto al descubrir que heredarán por igual los hijos que tuvo en su matrimonio y los que tuvo con su amante Teófila. Pero para Reina, la madre de Malena, la gota que rebasa la copa es cuando le informan que su hermana melliza Magda también recibirá el dinero que le corresponde, a pesar de que hace una década escapó del convento en el que vivía y la mayoría de la familia desconoce su paradero.

“Magda se obstinaba en no tener nada en común con el modelo de señora madrileña de la época, al que mi madre siempre se plegó con convicción, pero, y esto era lo excepcional, no fue nunca por defecto sino por exceso” (Grandes 69). Antes de Malena y Reina estuvieron Magda y Reina, mellizas también y binomios opuestos. A Magda las mujeres ‘buenas’ la catalogan como marimacha. No se tintura el pelo, no usa faja y se niega

a ponerse sujetador durante el verano. No usa bikini, no lleva minifalda ni pantalón sino falda tubo y le gustan los escotes pronunciados. Dice groserías en público, se pinta los labios de rojo, esquivaba los ramos en las bodas, “y nunca, nunca... accedió a depilarse las axilas, pero se hacía la cera en las piernas hasta la mismísima articulación de los muslos con la cadera” (70). Germaine Greer sugiere que el rechazo de las mujeres al vello corporal es porque lo consideran un indicador de bestialidad. “El género no es a la cultura lo que el sexo es a la naturaleza; el género también es el medio discursivo/cultural a través del cual la <<naturaleza sexuada>> o <<un sexo natural>> se forma y establece como <<prediscursivo>>, anterior a la cultura, una superficie políticamente neutral *sobre la cual* actúa la cultura” (Butler *El género* 56) [Las cursivas son del texto]. Dejarse los vellos en las axilas, ‘como un hombre’, es señal de una falta de ‘feminidad’.

Magda es abyecta, es la Otra. La primera razón para su otredad es que ella no entiende el espíritu de sacrificio y no cree que la vida de su madre sea ejemplar. “Nosotras teníamos que ser como mamá, unas santas, porque era eso lo que tocaba, y el cabrón presente, sólo un aviso del cabrón futuro, o sea, el enemigo. Como si no tuviéramos padre, como si mi padre fuera sólo, como mucho, el padre de los niños así me crié yo, eso fue lo que me enseñaron” (Grandes 642).

Reina (M) [distinguiremos de acá en adelante como Reina (M) a la abuela de Malena, madre de Magda y Reina, esposa del abuelo Pedro], la madre de Magda y Reina, le suplica a Pedro su esposo que regrese a Madrid cuando termina la guerra. Él quiere quedarse con Teófila en Almansilla, entonces lo amenaza con quitarle todos sus bienes y dinero. Pedro no está dispuesto a vivir en la pobreza y accede a regresar (curiosamente ese es un aspecto que hereda su hija también, pero a eso me referiré más adelante), su castigo es el odio de sus hijos. Reina (M) se encarga de que la mayoría de sus hijos desprecien a su

padre por lo que él le ha hecho a ella. Pero no lo logra con todos. Magda, que también ha sido rechazada por su madre por no acomodarse a lo que se espera de ella, decide querer a su padre y para Reina (M) esa es la peor traición de todas.

Magda dedica su vida a los viajes, los lujos, las fiestas y los hombres. Entre ellos el esposo de su hermana melliza. Malena descubre que su padre y su tía tuvieron un romance cuando va a visitarla muchos años después. La protagonista no le toma a mal la confesión, ella siempre sospechó que allí había algo. Además, como quiere a Magda más que a su propia madre, lo acepta sin reproches. Magda y Jaime comienzan su relación cuando ella se lo encuentra en un bar de mala muerte, en el barrio humilde en el que él creció. Son muy amigos, toda la vida, y él es de las pocas personas que saben del paradero de Magda durante todos esos años. Aún así nunca se enamoran.

Magda y Jaime son un juego de espejo de Reina y Jaime. Reina ayuda a Jaime a ingresar al mundo de las oportunidades, pero le niega su pasado, crea al hombre que ella quiere que sea, sofisticado y atractivo, para esconder (usando esa palabra que tanto le gusta a ella) el chulo que realmente es. Él sabe que la única manera de salir de su barrio, de una vida pobre, es casándose con Reina y así lo hace. Pero ella siempre le rehúye a su madre y a sus hermanos. Magda, en cambio, lo ve como es, conoce su pasado, conoce su entorno, además al ser tan parecida físicamente a Reina es el complemento ideal. Entre las dos harían a la mujer perfecta.

La vida de fiesta en fiesta y de hombre en hombre trae sus consecuencias. Magda queda embarazada. No está segura de quién pueda ser el padre, quizás sea el propio Jaime. Pero lo que sí tiene completamente claro es que no quiere ser madre. Su hermana se entera del embarazo y cuando Magda decide ir a Londres a abortar le cuenta a toda la familia. A sus 34 años, Magda se encuentra sin dinero después de lo que ha hecho y con todas las

cuentas bancarias canceladas, pues su madre decide desheredarla. Ella, al igual que su padre años antes, no está dispuesta a trabajar ni a ser pobre. Al enterarse de que su madre está arreglando vender todas sus propiedades para dar una herencia en vida a sus hijos y así evitar que su dinero quede en manos de los hijos de Teófila, empieza a gestar un plan para ganar su perdón y recibir el dinero.

Finge una crisis de conciencia, empieza a rezar y a llorar todos los días y aunque ya está pensando en entrar al convento, es su madre la que le propone que se haga monja para expiar sus culpas. Magda tiene claro que va a engañar a todos hasta que su madre le de el dinero y luego escapará para siempre.

“Magda era tan poco monja que se las arreglaba incluso para estar guapa con toca” (73). El nombre que adopta en el convento es Madre Agueda. Agueda o Ágata fue una santa y mártir cristiana que según la hagiografía fue torturada por decidir guardar su virginidad y dedicarse al servicio de Jesucristo, cosa que no le cayó en gracia a Quintianus, procónsul de Sicilia, y ordenó que la torturaran cortándole los senos. En la novela, la autora decide cambiar la historia y lo que le cuenta Magda a su sobrina es que Agueda era muy guapa y tenía un busto enorme que la fastidiaba mucho, porque al salir a rezar a la iglesia todos los hombres la perseguían y no la dejaban concentrar. Entonces decidió cortarlos ella misma y llevarlos en una bandeja hasta la iglesia para ofrecerlos en sacrificio. Es curioso que escoja el nombre de una santa que pierde sus senos, símbolos y órganos ligados directamente a la concepción heteronormativa de feminidad, y más aún de maternidad. De ellos emana la leche con la que la madre alimenta al niño, son el vínculo que queda entre ambos después del alumbramiento. Al cortarlos se corta el vínculo con ser madre, cosa que Magda nunca quiso ser. Es un acto simbólico, un corte simbólico con esa parte de su cuerpo.

Para las Reinas, que creen por un segundo en el real arrepentimiento de Magda, ella debe sentir vergüenza por su aborto. Pero la realidad es que nunca la siente, y su elección de nombre al entrar al convento debería haber sido una señal de ello. El hecho de no querer tener un hijo es lo que más la hace abyecta. La mujer no solo debe querer ser madre, debe proteger lo que crece en su vientre y en caso de no hacerlo debe sufrir el resto de su vida la culpa y la vergüenza como consecuencia de sus actos. El peor pecado de Magda es no querer ser madre, es preferible ser puta que no querer ser madre, pues es una sublevación al orden heteronormativo. Por eso Magda es peor mujer que Teófila y eso mismo le dice su madre, la amante de su esposo tuvo a todos sus hijos y eso la pone un escalafón por encima de su propia hija. Como escribe la periodista inglesa Caitlin Moran en su ensayo *How to be a woman* hay una percepción generalizada de que la esencia de la condición de ser mujer es proteger la vida a cualquier costo y que quien se practica un aborto deja de ser femenina, en todo el sentido de la palabra. (267). Pero al tema de la maternidad y el aborto regresaré más adelante.

En efecto, apenas recibe el dinero de su herencia, Magda huye del convento. Sólo pocas personas saben. Malena es una de ellas y además es la única mujer. Magda quiere humillar a su madre y a su hermana. Quiere que la comunidad religiosa, a la que le dedican tiempo y dinero, las rechace por sus actos. Y sobre todo mostrarles que no siente culpa, por nada de lo que ha hecho. Está cansada de vivir entre ellas, de su doble moral (la madre de Malena se casa embarazada) de sus acusaciones.

Como le dice más adelante a Malena: “Ésa es la palabra clave, lealtad, deslealtad, en eso se resume todo” (Grandes 642). Las Reinas siempre han sido desleales con Magda. Su madre porque siente una amenaza en su hija, pues sabe que su esposo la ama de verdad y daría su vida por ella, porque su amor hacia la que también es su hija es incondicional. Su

hermana, porque sabe que los hombres la ven de manera distinta y quizás sienta envidia de su libertad. En palabras de Luce Iregaray la idea utópica de comunidad de mujeres (*sisterhood*) no es una realidad, porque nos movemos en una competencia ciega cargada de envidias que busca evitar que la Otra afirme su identidad. Somos nosotras mismas nuestro mayor obstáculo. “En el lenguaje del sentido común, la identificación se construye sobre la base del reconocimiento de algún origen común o unas características compartidas con otra persona o grupo o con un ideal, y con el vallado [*sic*] natural de la solidaridad y la lealtad establecidas sobre ese fundamento” (Hall 15).

Una vez más es el exterior constitutivo el que ayuda a construir las identidades de las Reinas cuando ellas deciden diferenciarse de Magda. Ella es la Otra, para ella no debe haber lealtad ni solidaridad. Pero lo más interesante de Magda es que al no adscribirse y autodefinirse en el estereotipo ayuda a quitar fortaleza al discurso de lo natural/normal. Su resistencia está precisamente en que su performatividad es inclasificable. Desafortunadamente no logra resistir la presión y su sed de venganza, y prefiere huir, dejando así a Malena sin norte y sin guía para que sola aprenda a convivir sola entre leonas, o Reinas.

4.1.3 La soledad de Soledad

“En ocasiones el deseo de las mujeres de mostrarse desnudas es tan simple y espontáneo, tan alegre y evidente, tan *excitante* como el de los hombres que las miran” (Huston 149). Así empieza la historia de amor entre Soledad y el que será su esposo, Jaime, los abuelos paternos de Malena. El deseo es en este caso el estado previo al amor, de donde se deriva el enamoramiento.

Soledad y Jaime se conocieron en Madrid en el año 1928. Ambos pertenecían a un

ambiente intelectual. Él era un abogado y académico prestigioso, ella estudiaba historia en la universidad. Esto era algo excepcional para la época, pues las mujeres no solían aspirar a tener una carrera o a trabajar a menos de ser absolutamente necesario. Además, a las mujeres españolas sólo se les abrieron oficialmente las puertas a las universidades en 1910, no era popular que las mujeres decidieran dedicarse a la academia y era una tendencia joven que se daba sobre todo en familias de padres liberales, como la de Soledad.

Su padre era abogado y su madre era sufragista y feminista. No permitía a sus hijas usar corsé y promovía su educación, cosa que siempre fastidió mucho a Elena, la hermana menor, quien nunca entendió las ideas modernas de su madre. En todo caso, Soledad creció en un ambiente particular para su entorno y cuando su madre murió, su padre continuó fomentando la independencia de su hija.

La forma como se conocen Jaime y Soledad es particular. Es en el bar Gijón, en donde después de varias copas ella decide bailar Charleston con el torso desnudo, emulando a Josephine Baker. Jaime logra convencer a todos los clientes para que se vayan y se queda con los amigos de Soledad a ver el show. Cuando ella resbala él la sostiene: “Me rozó los pezones con la yema de los pulgares” (Grandes 351). Y eso es lo que da inicio a su historia de amor, el deseo con el que la mira Jaime y que siente ella cuando él la toca. La relación es muy sexual desde el principio, sobre todo porque Soledad es una mujer que se siente cómoda en su piel. “Sabía que estaba mucho más guapa desnuda que vestida” (345). Su madre, además de haber sido una mujer que se opuso siempre al uso del corsé, porque lo consideraba dañino para la salud, fue una mujer que cuidó de su cuerpo e hizo gimnasia para mantenerse hermosa y firme. Soledad se siente orgullosa de su cuerpo y al ver la reacción de Jaime cuando se reencuentran en su casa unos días después sabe que ese será su gran amor. “Espero que no se ofenda usted si le confieso que la encuentro un poco

desmejorada, me dijo, no sé por qué, pero me parece que me gustaba usted más la última vez que la vi, es como si hoy le sobrara algo... Cuando se fue, me encerré en mi cuarto y me dije, ni lástima ni vergüenza, Solita, éste tiene que ser el hombre de tu vida” (353).

El matrimonio de ellos fue muy equitativo, si se me permite la palabra, ambos hacían lo que amaban, él trabajaba y era exitoso y ella estudió una maestría. Él le contaba sobre los casos que llevaba y le pedía opiniones, Soledad iba a todos los juicios y él le proveyó de empleadas y niñeras que se encargaran del cuidado de los niños para que ella pudiera estudiar sin distracciones. Además, tenían un acuerdo tácito de poder tener relaciones sexuales por fuera del matrimonio, siempre y cuando fueran sólo eso, sexo. Pero a esto volveré más adelante. En todo caso, su relación fue siempre muy distinta a lo que se esperaba de un matrimonio en los años treinta en Madrid.

Quizás es eso lo que ayuda luego a Soledad a salir adelante por su cuenta cuando la guerra está pérdida, matan a Jaime y ella tiene que mudarse a un barrio obrero y pobre al otro lado de la ciudad y trabajar para criar a sus tres hijos, sola. Después de la guerra, las mujeres además de sobrevivir la pérdida de miembros de su familia, debieron padecer el sufrimiento por ser culpables de haber sido mujeres, viudas o madres del “vencido” (Duby 219). La sociedad las expulsó y las convirtió en parias. “Las mujeres cuya *vida estuvo marcada por el hambre, la miseria y el miedo*, en un ambiente de fuerte control social, bajo la mirada vigilante de la iglesia y de la policía. Son las mujeres de la clase obrera y capas populares para quienes el trabajo fue una estrategia de integración social” (280) [Las cursivas son del texto].

En efecto, lo que permitió a Soledad sacar adelante a sus hijos y tener algún tipo de vida fue el trabajo. Comenzó a enseñar en un colegio, gracias a que una vecina se convenció de que ella no había sido republicana, pues iba a misa y “rezaba” todas la

noches. La verdad es que iba a misa por miedo y en las noches le hablaba a su esposo muerto, a quien le construyó un altar con velas.

La abuela Soledad tiene varios amantes después de quedar viuda. Pero su hijo Jaime, el padre de Malena, se lo reprocha y más de una vez le exige que se case con alguno de ellos. Sin embargo ella nunca se quiere volver a casar, no solo porque no está enamorada, sino porque no quiere ser infiel a la memoria de su marido. También porque la mayoría de sus amantes son hombres casados. “Lo que ocurre es que se considera a la mujer como un objeto sexual destinado a ser usado y evaluado por otros seres sexuales, los hombres. Su sexualidad se niega y a la vez se desvirtúa cuando se identifica con la pasividad” (Greer 22). El hijo de Soledad no puede concebir que su madre sienta deseo y que quiera tener sexo y ya. Para él eso no es aceptable.

La madre de Malena tampoco cree que su suegra sea un ejemplo para sus hijas y por eso trata de mantenerlas alejadas. Pero creo que el desagrado hacia su suegra va más allá del clásico desencuentro, que es lugar común. Pienso que le desagrada que sea una mujer que sacó adelante a sus hijos por medio del trabajo y el verdadero sacrificio físico, pues si ella no trabajaba nadie comía. Así de fácil. No era un sacrificio de la abnegación, ni del olvido de sí, no era para echar en cara a nadie. Creo que el pasado republicano es también un factor importante, pues del pasado de los vencidos no se habla.

La soledad de Soledad, a quien llamaban de cariño Solita, es bastante autoimpuesta. Ella decide no volverse a casar ni a enamorar. Ella es quien prefiere pasar los veranos sola en Madrid, en vez de acompañar a su hija a la playa durante todo el mes. Ella prefiere vivir en sus recuerdos, y sí, también en su tranquilidad. Obviamente si las circunstancias hubiesen sido otras, no habría terminado haciendo honor a su nombre, pero tal vez su nombre también fue augurio de su destino.

4.2 Las Reinas, las ‘buenas mujeres’

Women are hard on women.

Women dislike women

Virginia Woolf

“Sin saberlo ni quererlo, a menudo las mujeres constituyen el medio más terrible de su propia opresión: destruyen todo lo que emerge de su condición indiferenciada, convirtiéndose en agentes de su propia aniquilación, de su reducción a un mismo que no es su mismo” (Irigaray 138). Como bien lo resalta la feminista, filósofa y psicoanalista belga, Luce Irigaray, son las propias mujeres de la familia quienes ejercen la mayor presión, o para ser más exactos la mayor represión sobre Malena. Pero lo terrible es que ellas mismas no son sólo víctimas del ‘deber ser’ de lo ‘femenino’, sino que también han violado las reglas y han cometido ‘pecados’. La madre de Malena, que como ya hemos establecido es el binomio opuesto de Magda, se casa con tres meses de embarazo. Comenzó a tener relaciones con el que se convertiría en su esposo a las pocas semanas de empezar a salir con él: “en la vida me he llevado una sorpresa como aquella, y lo que yo había tenido que aguantar, encima... Creo que mi primer impulso fue matarla, y te lo digo en serio que si se llega a poner a tiro la mato, o la dejo malherida como poco” (Grandes 632). Eso le confiesa Magda a Malena cuando le revela este secreto que ella por obvias razones no conocía. Sobre todo después de la reacción que tuvo su madre en el consultorio del ginecólogo cuando descubre que su hija no es virgen, jamás se lo hubiera imaginado.

Por su parte Reina, la hermana de Malena, queda embarazada de un hombre casado y antes de eso fue amante de la esposa del padre de su hija, es decir que tuvo una relación

lésbica durante años. Además, mantuvo un amorío con Santiago, el esposo de Malena, y es la verdadera causa detrás del divorcio. Pero la diferencia de las Reinas con Malena y con su tía Magda, aquello que les da la aparente superioridad moral que les permite juzgar a las Otras es que ellas mantienen todos sus ‘pecadillos’ en secreto.

Los deseos, decisiones y opciones son privados porque son responsabilidad de cada individuo, pero las realizaciones de tales deseos, decisiones y opciones son públicas, porque tienen que restringirse dentro de condiciones especificadas por una comprensión específica de los principios ético-políticos del régimen que provee la <<gramática>> de la conducta de los ciudadanos (Mouffe 120).

Es decir que a ellas las exime el hecho de no mostrarse ‘agramaticales’ en sociedad, en el binomio público/privado. De cierta manera esto las exonera de la vergüenza, las reivindica como ‘buenas mujeres’ y las libera de la culpa. No sienten culpa porque saben que pertenecen a lo que en la categoría de lo público se considera el genérico, es decir ‘lo normal’.

El hecho de que la realidad de género se determine mediante actuaciones sociales continuas significa que los conceptos de un sexo esencial y una masculinidad o feminidad verdadera o constante también se forman como parte de la estrategia que esconde el carácter preformativo del género y las posibilidades preformativas de que se multipliquen las configuraciones de género fuera de los marcos restrictivos de dominación masculinista y heterosexualidad obligatoria (Butler *El género* 275).

Al estar liberadas de la culpa, se sienten no sólo con la libertad sino con el deber de hundir a las otras en la culpa. De reiterarles que ellas ‘no pertenecen’, que están por fuera de la norma, al señalar sus diferencias, sus errores, sus defectos. De resaltar las razones por las cuales ‘las Otras’ no pueden pertenecer al grupo, al concepto de mujeres ‘decentes’.

Porque son libertinas, o, como dice el dicho popular, porque “no lavan la ropa sucia en casa”.

“El sujeto se constituye a través de la fuerza de la exclusión y la abyección, una fuerza que produce un exterior constitutivo del sujeto, un exterior abyecto que después de todo, es “interior” al sujeto como su propio repudio fundacional” (Butler *Cuerpos* 20). Y eso es precisamente lo que hacen ellas.

Las santas y sacrificadas

Las ‘mujeres buenas’ son ‘santas’ y aguantan todo, el divorcio sólo puede ser aceptado como una última opción. Esto, por supuesto, con la premisa tácita de que la santa esposa abandonada no debe volver a ser feliz nunca ni encontrar un nuevo amor. Quien lo hace es una ‘mala mujer’, una mala madre y, como ya hemos oído, una puta. La abuela y la madre de Malena son santas pues permanecieron en matrimonios desdichados en los que sus esposos les fueron infieles todo el tiempo. Pero ellas aguantaron estoicas (bueno, si el estoicismo es quejarse constantemente de sus malos maridos, obligarlos a permanecer con ellas y recalcar su propia bondad al seguir fieles a su compromiso), no por amor sino por el compromiso del matrimonio, porque se sentían obligadas a estar en la relación por los hijos, por la ley divina, por el “qué dirán”. Y sobre todo porque ellas veían el amor por sus maridos y sus hijos como un sacrificio. “Este concepto de amor consistía en la negación de sí a través de la abnegación, el olvido de sí a través de la humildad, la paciencia y el sacrificio. El egoísmo esencial de esta práctica resultaba evidente para muchas de nosotras en la actitud de las chicas más beatas, puesto que la finalidad última de esa práctica era alcanzar la gracia del señor” (Greer 196).

Ellas siempre sienten que su sacrificio merece una compensación y por eso

reclaman amor, afecto, reconocimiento.

Sus opuestos binarios, es decir Teófila, la amante del abuelo; y Magda, quien es la amante del papá de Malena, son malas y eso ni siquiera se discute. Es más, de ellas y sus ‘malos actos’ ni siquiera se habla.

La relación de Reina y Malena es más compleja. La línea que divide la bondad de la una de la maldad de la otra es muy delgada y porosa. Aún así Reina logra llevar a cabo todo su plan macabro, el de quitarle a Malena de una forma u otra a los hombres más importantes en su vida, con éxito. Y es en la gran pelea final cuando Reina se ve obligada a repetir varias veces lo que las diferencia, que ella es: “Una calentapollas” (Grandes 744). Malena es una mujer que actúa, ella hace. Reina por su parte es una mujer que provoca pero no actúa abiertamente. Lo hace de manera soterrada, siempre. Es así desde pequeña, y le aclara a Malena que ella puede besar a los hombres todo lo que quiera, pero no acostarse con ellos porque eso la haría una ‘mujer fácil’. Este discurso es heteronormativo, a las niñas desde pequeñas se les enseña que está bien provocar, pero no se puede permitir que el hombre se pase de la raya, se debe permanecer virgen (especialmente si se tiene en cuenta que el valor de la virginidad se le da específicamente a la integridad de himen). Está bien despertar el deseo del otro, pero no se debe pensar en el deseo propio, porque el ideal es la contención, la autodisciplina, ser la que espera y no la que busca. Malena, obviamente, no cumple con esa normativa.

También es interesante ver cómo Reina basa su discurso y justifica sus actuaciones siempre con el argumento del amor. En cada oportunidad le asegura a Malena que es la primera vez que se enamora. Curiosamente esa primera vez se repite una y otra vez. Ella se apoya en el amor para justificar su deseo y su pecado, porque finalmente lo que ella busca es amor y no sexo, y eso se vale. El amor hace que se pierda la razón y que las cosas se

hagan de manera inconsciente. Es una locura temporal. En cambio cuando no hay amor las cosas se hacen con dolo, hay pecado. Pero regresaré sobre este tema más adelante.

Por su parte la madre de ellas, la otra Reina, justifica la traición a su hermana Magda en el cargo de conciencia que tendría de no hacerlo. Magda le ruega que no diga nada sobre su embarazo y su aborto, pero ella solo la mira y responde: “¿y mi conciencia” (667). Lo único que quiere saber es de quién es el bebé, pero Magda no quiere decirle que es de su esposo, podría haberlo hecho, pero prefiere evitarlo. No quiere llegar al grado de deslealtad de su melliza, aunque sí quiere verla sufrir. “ No se ama a otra sino el lugar que ocupa, que crea, y se trataría más de arrebatarlo que de respetarlo” (Irigaray 139).

La diferencia entre las Reinas y las Otras

Lo que en mi opinión marca la real diferencia entre Malena y su melliza Reina (y también Magda y Reina) es que mientras el comportamiento de la primera es ético, no se basa en el prejuicio sino que se traza a pesar de él, el de la segunda es absolutamente moral y moralista, si se me permite la redundancia.

Retomando la propuesta de Joan Carles Mèlich tal y como es planteada por Michelle Gama:

La moral, según Mèlich es pública, y aunque se pretenda universal está anclada a un espacio y a un tiempo concretos. La ética no es pública y no se pretende universal sino singular, se vive en un aquí y un ahora específicos: ‘la ética no está nunca dada –no se hereda-, porque la ética es lo que me sucede, lo que me acontece, mejor todavía, la ética es una respuesta singular que cada uno da a los acontecimientos que le asaltan en la vida cotidiana’ (Mèlich 2010 74) (Gama 35).

Y creo que Malena finalmente se reconoce como un ser ético, como un cuerpo

abyecto y se acepta así. Tiene treinta y tres años cuando comienza a repasar su historia, cuando hace esta especie de asociación libre de lo que ha sido su vida hasta ese punto. Es una edad tremendamente simbólica, es la edad de la muerte y resurrección de Jesús, que va muy acorde a la temática de los nombres que ya había planteado antes. Creo que para Malena este punto de su vida es una muerte simbólica, el fin del viaje iniciático. Ahora que conoce ‘la verdad’ de su vida, de su familia, de su hermana, ya nunca podrá ser la misma, porque por fin se reconoce. Puede vivir sin culpa, porque se acepta por fuera del margen, por fuera de la norma, y ya no se siente en conflicto.

Malena es un cuerpo abyecto. “No es por tanto la ausencia de limpieza o de salud lo que vuelve abyecto, sino aquello que perturba una identidad, un sistema, un orden” (Kristeva *Poderes* 11). Nace así y es clara la diferencia que tiene con su hermana melliza, que en un principio es puramente física. Pues, para completar su hermana nace pequeña, desnutrida y debe permanecer en el hospital varias semanas, mientras Malena es una bebé robusta, redonda y grande. Esa diferencia desde el binomio alma/carne, espíritu/materia, es el que marca a Malena. Es lo que define su supuesta ‘maldad’ y lo que la hace sentirse distinta, y culpable de creer que no le dio a su hermana espacio para crecer el útero de su madre, culpable de no poder ser la hija favorita de su madre, culpable por no hacer parte del patrón.

Pero la culpa de Malena es la reivindicación de su hermana Reina. Es lo que la hace pertenecer al lado ‘bueno’ del binomio. Hay un juego de espejo entre las hermanas que ayuda a la una a verse como un sujeto ‘normal’ en la sociedad y que la otra sea el sujeto abyecto. Si Malena no estuviera por fuera de los márgenes, Reina no podría sustentarse, tal y como hace, dentro de ellos.

Sobre todo, y en contradicción directa con la forma como se las evoca

constantemente, las identidades se construyen a través de la diferencia, no al margen de ella. Esto implica la admisión radicalmente perturbadora de que el significado <<positivo>> de cualquier término –y con ello su <<identidad>> sólo puede construirse a través de la relación con el Otro, la relación con lo que él no es, con lo que justamente le falta, con lo que ha sido denominado su *afuera constitutivo* (Hall 18). [Las cursivas son del texto].

Es decir, que si Reina y su madre no hubiesen logrado excluir a Malena y a Magda, ellas mismas no hubieran podido adherirse dentro de la norma de su sociedad. Tiene que haber Malenas para que pueda haber Reinas y viceversa. Pero son las primeras quienes con su resistencia a pertenecer a lo genérico, normalizado dentro del discurso de poder, van ampliando los márgenes en el momento en que se aceptan como son y ayudan a cuestionar la hegemonía del ‘deber ser’, precisamente porque están fuera de él.

4.3 Maternidad: El instinto materno o aquello que no existe

Por lo general, la maternidad es un extraño compromiso entre: narcisismo, altruismo, ensoñación, sinceridad, mala fe, devoción y cinismo.

Simone de Beauvoir

Aseguran que: “Madre no hay sino una”. Y aunque el dicho se emplea con la idea de elevar a la madre, la propia, es necesario ver esa frase y diseccionar sus partes. Madres hay muchas, y muy distintas, pero eso va en contra de lo que espera y aspira la sociedad heteronormativa. Por lo tanto, el modelo de ‘madre’ socialmente aceptado sí parece ser único y estar atado indiscutiblemente a la idea de la ‘buena madre’, aquella que dedica toda su energía y aspiración a la crianza de los hijos que debería haber soñado con tener desde que era apenas una niña.

Mujer y madre, basados en ideales absolutos y aparentemente únicos se convierten entonces en dos caras de una misma moneda, atadas por un destino designado por el sexo genital (cuya funcionalidad cuenta con la capacidad de la procreación) y el ‘deber ser’. La maternidad como aquello que ha de brindar la satisfacción total a una mujer, lo que ha de llenar su vida y darle un sentido de completitud. Pero, ¿qué pasa con aquellas mujeres que no ven el ser madres de la misma manera? Más aún, ¿qué pasa con las mujeres que no desean serlo? Estas preguntas se plantean durante toda la novela y la maternidad es uno de

los hilos de acción de la trama.

La buena madre. La mala madre.

Como ya hemos establecido, de manera consciente o inconsciente, Reina siempre ha querido alejar a Malena de las personas que la aman. Este patrón se repite una y otra vez desde el nacimiento de ambas.

Como ya he apuntado, Malena nace gorda, rozagante y saludable. Reina, en cambio, tiene grandes dificultades, está baja de peso y debe permanecer en el hospital durante mucho tiempo. Esto obliga a la madre de ambas a centrar toda su atención sobre la hija enferma. El vínculo que genera la madre con su hija enferma se sella cuando decide que será ella, y no la niña robusta que está en casa, quien llevará su nombre: “nuestra madre, que mientras tanto, como si hubiera adivinado que para mí bastaría con un biberón y los cuidados de una niñera, había permanecido a su lado día y noche para darle de mamar cada tres horas, decidió que sería ella, y no yo, quien llevaría su propio nombre antes de que ambas regresaran a casa” (Grandes 39).

Esta acción define, en parte, el destino paria de Malena, pues de allí en adelante la unidad de las Reinas será un frente común y siempre presente para demostrarle que ella no pertenece. Que no es lo que se espera que sea, es decir: una ‘buena mujer’.

Durante el franquismo se proclama que el hogar es la única profesión digna de una mujer y el patrón se conserva hasta después de que termina la dictadura. Esto incluye ser madre, pero no sólo al nivel de parir a sus hijos, sino de ser el sostén, y el ejemplo emocional y moral. (Duby 246). Es decir, ser exclusivamente madre y sacrificar todo lo demás para lograr dicho cometido. Como la madre de Malena: “viviendo sólo para nosotras, alrededor de nosotras, por nosotras, en nosotras, para poder chantajearnos con su

constante sacrificio cada dos días, todo eso me parecía miserable, ridículo, indigno” (Grandes 482).

La protagonista decide desligarse de este concepto desde el principio, salirse de la ley patriarcal y de la norma. Julia Kristeva escribió que lo abyecto es perverso porque desvía una ley y la corrompe (*Poderes* 25). Es decir que Malena es abyecta, es perversa.

La primera vez que saca a flote esa fase de su perversidad, pues no es la única como ya hemos visto, es cuando su hermana Reina le cuenta que está embarazada. Le pregunta si lo piensa tener y si lo estaba buscando. Reina contesta a ambas de manera positiva, lo cual es curioso si se tienen en cuenta las circunstancias de su preñez. Primero, es una mujer soltera. Segundo, el bebé que espera es de un hombre llamado Germán, que es el esposo de la que hasta entonces fuera su amante y con la que tuvo una relación lésbica. Todo esto va completamente en contra del ‘deber ser’ de una mujer española de familia de clase alta. Aún así, eso pasa a segundo plano, pues ella sueña con la maternidad y siente que un hijo es lo único que puede llenar su vida. Por eso le asegura a su hermana que aunque no estaba buscando quedar embarazada, tampoco hizo nada para evitarlo, es decir que no usó ningún método anticonceptivo.

La conversación entre Reina y Malena llega al siguiente clímax:

A mí el útero no me grita, qué quieres que te diga, el estómago cuando mucho, si llevo más de doce horas en ayunas...Y tener un crío me parece algo muy serio, incluso muy grave si quieres, como para no pensárselo mucho.

-Es una situación natural.

-No. Lo natural es menstruar. El embarazo es un estado excepcional.

-Muy bien, como quieras. Pero no necesito pensarlo. Yo llevo toda la vida preparándome para esto.

-Mira qué bien –murmuré-, igual que Lady Di (Grandes 535).

Una vez más, Malena prefiere reiterarse en lo impuro, que es la menstruación. Prefiere reconocer la mancha como el estado natural de su ‘ser mujer’ y rechaza la aparente pureza y satisfacción que trae ser madre. Por lo tanto podemos decir que se aferra a la abyección, es más, que es doblemente abyecta.

Lo que Malena no espera es enterarse de que ella también está embarazada, sólo unas semanas después de su conversación con Reina. La verdad, era de esperarse. Había decidido descansar de las pastillas anticonceptivas y su manera de cuidarse fue ponerse arriba durante el acto sexual. Ella estaba convencida de que la ley de la gravedad iba a evitar la concepción (es muy revelador que una mujer educada, que ha tenido varias parejas y ahora está casada, tenga huecos en sus conocimientos sobre educación sexual. Lo que muestra que el tema aún es tabú en esa sociedad), pero la ignorancia cobró su tarifa.

Se plantea la posibilidad de abortar y mientras toma la decisión de tener o no al bebé, le esconde su embarazo a su esposo:

Convertirme en madre me parecía dar un paso gigante hacia la madurez, volverme mucho más vieja de repente, y aquella metamorfosis me inquietaba, porque desde entonces y para siempre, en la misma casa donde yo viviera, había alguien mucho más joven que yo, con mucho más futuro por delante. Tener un hijo significaba renunciar a la irresponsabilidad que todavía cultivaba de vez en cuando con un vicio secreto, gozoso e íntimo. Adiós al alcohol, adiós a las drogas, a los amantes ocasionales, al sexo accidental, a las largas noches de palabras cálidas y vacías con gente tan irresponsable como yo (536).

Como ya había escrito la antropóloga Margaret Mead y cita la socióloga mexicana Yannina Ávila en su artículo *Desarmar el modelo mujer = madre*, en nuestra sociedad

“evitar la maternidad significa evitar la responsabilidad” (42). Pero más allá, es importante tener en cuenta que Malena se encuentra en un matrimonio que no la hace feliz, con un hombre del que no está enamorada. Además, ella nunca ha gustado especialmente de los niños, a diferencia de su hermana Reina, y no ha pensado en la maternidad como un paso que quiera dar.

A los tres meses de embarazo Malena tiene sexo con un desconocido en el baño de un bar. Esa infidelidad le da un segundo aire que le permite seguir adelante con su estado de gestación. Eso sí, no desea que en su cuerpo queden huellas del niño que parirá y por eso hace ejercicio y usa cremas para evitar las estrías. Su hermana Reina se burla de la actitud de Malena ante su cuerpo y cómo éste puede cambiar por el embarazo, pues ella no piensa hacer nada para cuidarlo al creer que ese es un proceso natural y que después nada será como antes. Eso es precisamente el mayor temor de Malena, que desde ahora será: “más madre que mujer ya para siempre” (Grandes 536). Como dice la escritora y feminista Nancy Huston en su libro *Reflejos en el ojo de un hombre*, aunque la sociedad quiera insistir que el embarazo no ha de afectar a las mujeres en nada y que ellas no sólo pueden sino deben seguir siendo las mismas, la realidad es que la relación con su cuerpo, su deseo y consigo mismas no volverá a ser la misma (206).

Malena no se siente especial, ni más bella, tal y como le contó su abuela Soledad que se sentía ella misma durante sus embarazos –regresaré a Soledad más adelante-, pero tampoco se siente mal. No tiene náuseas ni molestias mayores. En cambio Reina tiene todos los malestares que puede sufrir una mujer embarazada: náuseas, vómitos, problemas para dormir. A pesar de que se ve terriblemente enferma y que ha subido muchísimo de peso, no hace más que asegurar a cada momento que nunca se ha sentido mejor. Eso es lo que se espera de cualquiera futura madre en su situación. “En la cultura occidental, el concepto de

maternidad está íntimamente asociado con la alegría, la bondad, el amor y el triunfo de la vida ante la muerte” (Ávila 51).

Pero hay un giro inesperado. Mientras Reina da a luz a una niña sana y robusta, Malena sufre un calcificación de la placenta que adelanta el parto y hace que su hijo nazca muy débil y muy pequeño. Ella cree que este desenlace es algún tipo de castigo divino en respuesta a su sentimiento negativo ante la maternidad, sobre todo a su deseo inicial de abortar. “Cuando mi hijo nació, y los dos sufrimos tanto, me prometí a mí misma que jamás le revelaría la verdad, que nunca sabría que no fue un hijo deseado” (Grandes 547). Cuando por fin lo puede ver tres días después y le da pecho por primera vez, se enamora de su hijo. Uso ese verbo de forma consciente, pues creo que ella no había establecido ningún vínculo afectivo con el feto que crecía en su vientre. Sólo hasta que lo ve establece el lazo, ese que está convencida que su propia madre nunca formó con ella.

Y aunque se esfuerza por sacar adelante a su hijo prematuro y enfermo, y no se desprende de él ni un segundo durante sus primeros meses de vida, aún seguirá siendo considerada una ‘mala madre’ a los ojos de su hermana. Reina se encargará de cuidar al hijo de Malena, pues parece no tener más aspiraciones en la vida que dedicarse del cuidado de su hija. Malena, en cambio, no tiene opción y debe trabajar para sostener el hogar, ya que su esposo decide hacer su propia empresa y tiene muchas pérdidas en un principio. Lo que ella no sabe es que su hermana y su esposo están aprovechando su ausencia para tener un romance y planear una vida juntos.

Ya una vez divorciada, Malena no rompe relaciones con la nueva pareja. Ella cría a Jaime, su hijo, como un ser independiente, libre de tomar sus propias decisiones. Cosa que también está mal vista, pues no es una madre acaparadora sino más bien desapegada. Por eso cuando el niño tiene cinco años y medio, decide irse a vivir con su papá y su tía, ella no

lo detiene. “Cuando me separé de mi hijo, sentí un dolor físico atroz, una insoportable sensación en el estómago, el ombligo, el vientre, la piel horadada quemando la carne” (695). El niño le enumera las razones que lo llevaron a tomar su decisión, entre ellas el gran jardín en la nueva casa de su padre. Jaime nunca le dice a Malena que quiere alejarse de ella, simplemente expone razones materiales concretas por las cuales el hogar de su padre le parece más atractivo. Con todo y eso ella siente culpa, pues trabaja, tiene niñera y no puede dedicar las tardes a ayudar a su hijo con las tareas, como sí podrá hacer Reina y eso la hace sentir fracasada en su rol de madre.

Jaime también es autónomo a la hora de decidir regresar de nuevo, algún tiempo después, a la casa de su madre. Pero a diferencia de Malena, Reina no está dispuesta a dejarlo ir fácilmente. Es entonces cuando Malena descubre que su hermana fue la culpable de que Fernando la dejara. Esto la lleva a por fin enfrentarse a su hermana en un ataque de furia, que le da más argumentos a Reina para querer demostrar que Malena no es una madre apta.

Las “malas madres” son aquellas mujeres que, incapaces de sustraerse al mandato de género respecto de la función reproductiva y a la mitificación de la maternidad como ideal de género, no cumplen, sin embargo, con los criterios de una “buena madre”, es decir: no muestran tener “instinto” ni “amor materno”, no se sacrifican ni se entregan a los hijos y a la función materna o incluso pueden tener una relación de desapego o destructividad con los hijos (Palomar 20).

El instinto

En 1949 Simone de Beauvoir escribió en *El segundo sexo* que el instinto materno no existe en las hembras de la especie humana y que su actitud hacia la maternidad está

definido por su situación, económica y emocional, y por la manera como aceptan su rol de madres. (554).

“Descubrí que ser una mujer es tener piel de mujer, dos cromosomas X y la capacidad de concebir y alimentar a las crías que engendra el macho de la especie. Y nada más, porque todo lo demás es cultura” (Grandes 542). Malena asegura que ser madre es un rol que se aprende, porque finalmente eso es la cultura. Es todo aquello que pasa de generación en generación en una sociedad y que no forma parte del instinto propio de la especie.

El ejemplo más cercano de Malena debería ser, en teoría, su propia madre. Pero como ya he dicho, la relación entre ambas es mala desde el primer momento y, sobre todo, Malena no logra reflejarse en su madre pues siente que no se parece en nada a ella. “Lo abyecto nos confronta, por un lado, y esta vez en nuestra propia arqueología personal, con nuestros intentos más antiguos de diferenciarnos de la entidad *materna*, aún antes de existir [*sic*] fuera de ella gracias a la autonomía del lenguaje” (Kristeva *Poderes* 22). En cambio sabe que su hermana Reina y su madre no sólo comparten el mismo nombre, sino la forma de ser y la visión de mundo. Parecen una sola.

Las mujeres con las que la protagonista sí logra crear un vínculo son su tía, Magda, y su abuela paterna, Soledad. Estos dos personajes son las otras dos voces narrativas a través de las cuales se narra la historia, pero citadas por ella. Sus diálogos con Malena son tan profundos e importantes que se extienden en series largas de analepsis en donde esas dos voces externas se convierten en narradoras y la historia y a Malena, quien en ese momento se vuelve la narrataria a la vez que vuelve a narrarle al psicoanalista lo que ellas le contaron tiempo atrás.

Con Soledad, como sabemos, la relación se da por coincidencia. Gracias a ella

descubre no solo la historia desconocida de su abuelo, sino que tiene oportunidad de convivir con un modelo de mujer muy diferente al que estaba acostumbrada a ver en su familia. Soledad fue a la universidad, hizo estudios de posgrado y habla abiertamente de la aversión que siente por los niños, incluso los propios.

Nunca me ha gustado la casa, ¿sabes?, ni los niños, bueno, eso sí que lo sabrás, porque se me nota mucho, ¿no?, quiero decir que no tengo paciencia ni me gusta cogerlos, y hasta con los míos, cuando eran bebés, me moría de asco cada vez que me vomitaban encima, y eso... Antes, siendo más joven, me daba hasta un poco de vergüenza reconocerlo, pero ahora creo que, al fin y al cabo, el instinto maternal es como el instinto criminal, o como el instinto aventurero, si quieres, por poner un ejemplo más suave. El caso es que no se puede esperar que lo tenga todo el mundo (Grandes 358).

Además es la primera mujer que le confiesa a Malena que nunca le gustó estar embarazada y que además, mientras su esposo estuvo vivo, antes de la guerra, siempre tuvo niñeras y empleadas que le ayudaban a hacer desaparecer a sus hijos cuando éstos estorbaban sus momentos de estudio, o cuando simplemente no los quería ver: “yo no me sentía ni más guapa, ni más viva, ni más feliz, ni esas cosas que se dicen. Y nunca me han atraído los bebés”. (360). Le confiesa la abuela a la protagonista.

La psicóloga Sibylle Birkhäuser-Oeri escribió en *La llave de oro. Madres y madrastras en los cuentos infantiles*, que el cristianismo borró el lado oscuro de la madre esencial, aquello que la hace destructora y creadora, y que en cambio se adoptó una imagen de divinidad femenina que es toda luz y bondad: la virgen María. “Eso tiene efectos perniciosos, sobre todo para las mujeres. Pues, para ser una totalidad, la mujer necesita la imagen de la totalidad femenina, es decir una diosa que no encarne solo la parte luminosa”

(29). Como la diosa Kali, madre universal y devoradora de todo, capaz de dar vida y de quitarla con la misma facilidad. Por eso la idea de la madre tierna que cría, como escribe Caitlin Moran, no permite aceptar el pensamiento de que una madre decida no dar más vida, “parece un pensamiento obsceno” (Moran 266). Como veremos con Soledad.

El aborto como el peor de los pecados

Uno de los más importantes pilares del franquismo fue el catolicismo a ultranza, pero eso no quiere decir que los valores de la moral cristiana llegaran a la sociedad española del siglo XX con el dictador, al igual que tampoco se esfumaron después de su muerte.

El aborto ha existido desde el inicio de la historia de la humanidad, pero ha sido, sobre todo, el cristianismo el que lo ha convertido en uno de los peores pecados que pueda cometer una mujer. El argumento en contra del aborto es sencillo. La fe cristiana le da al feto un alma y esta alma no ha sido bautizada, por lo tanto si llegase a morir estaría condenada inmediatamente al limbo y eso lo convierte en un crimen a ojos del derecho canónico. La madre en cambio, que ya está bautizada, no sufre peligro alguno, pues en caso de morir tendrá la posibilidad de ir al cielo. Esto unido a que la mujer que busca abortar o que aborta de manera intencional está tomando la decisión de no ser madre. Si además este aborto es su propia idea, y no la sugerencia de un amante masculino que quiere borrar el “problema”, se convierte en la peor criminal, la más perversa. “El pecado como acto, como acto de la voluntad y del juicio, es lo que absorbe definitivamente la abyección en la lógica y en el lenguaje” (Kristeva *Poderes* 170).

Malena piensa en el aborto como una posible solución para acabar con su embarazo no deseado. Pero finalmente toma la decisión de tener al bebé. Soledad, por su parte, no

quiere ser madre por tercera vez y decide llevar a cabo el procedimiento.

Ya había estallado la guerra, Madrid estaba sitiada por las tropas franquistas y el esposo de Soledad, el abuelo Jaime, era fiscal especial de la República para tribunales de guerra en Madrid. El peligro que corría era inminente. Si Franco ganaba Madrid, él era un hombre muerto. Por eso cuando ella descubre que está embarazada decide no contarle a su marido y abortar. Cree que eso puede facilitar la huida de la familia a Francia.

Su médico le advierte que el riesgo es muy grande, no solo porque no hay quirófanos disponibles en la ciudad [durante la República se legalizó el aborto por un par de años en España (Duby 215)], sino porque ella tuvo varias complicaciones en sus embarazos anteriores y casi muere a causa de una tremenda hemorragia durante su segundo parto. Soledad consigue una partera de pueblo para que le practique el procedimiento, con tan mala suerte que la deja al borde de la muerte y aún embarazada. “Cuando desperté, en vez de tranquilizarme, me dio dos bofetadas, ésa fue la única vez que me puso la mano encima. Él también estaba muy nervioso, se había llevado un susto de muerte, tenía mucho miedo, por eso no quiso marcharse” (Grandes 381). El esposo de Soledad muere y ella tiene a su hijo póstumo.

Pero el tema del aborto no se queda sólo en intenciones y fracasos, como descubre Malena en el reencuentro con Magda. La razón detrás de la desaparición de la tía durante más de veinticinco años es, precisamente, un aborto exitoso.

A los treinta y cuatro años Magda queda embarazada, al parecer del padre de Malena. Su intención nunca fue ser madre, por eso se había puesto un dispositivo intrauterino como método anticonceptivo, pues tenía varios amantes. Pero el aparato falla y el ginecólogo que la atiende, que es el médico de Reina, no respeta el secreto profesional y le cuenta del embarazo a la hermana de Magda. Reina, al igual que el doctor Pereira,

declaran su objeción de conciencia (668) a guardar el secreto. A pesar de eso, Magda escapa a Londres donde se realiza el aborto. A su regreso, sus padres ya están enterados de la situación y la confrontan. Su padre le repite una y otra vez que de haber buscado su ayuda habrían podido mirar otras opciones, en especial la de convertirse en madre soltera con el apoyo de la familia. La madre es más radical y le grita que: “ni siquiera la puta de tu padre ha hecho jamás una cosa así... porque eso era verdad, Teófila había tenido todos sus hijos, y los había criado en condiciones mucho peores que las mías, pero es que Teófila también era una santa, una santa a su manera, y yo no...” (669).

Como ya sabemos, Magda decide engañar a todos al aparentar su arrepentimiento. Se mete de monja y apenas recibe la herencia en vida de su madre, huye para siempre.

Magda nunca se arrepiente de las decisiones que toma. No quiso ser madre y jamás siente culpa por abortar. Para Malena reencontrarse con su tía y con ese tipo de mujer, que es abyecta pero lo asume, le permite entender y aceptar su propia diferencia. Logra ver la bondad en aquello que los demás juzgan malo.

“Cuando a las mujeres se les presenta falsamente a los hijos como su única aportación significativa, la expresión adecuada de su creatividad y la obra de su vida, las criaturas y sus madres sufren las consecuencias” (Greer 86). Entre las Reinas, sobre todo la abuela y la madre de Malena, romper el vínculo con sus hijos parece ser una práctica rutinaria. Sobre todo cuando éstos no cumplen con lo que ellas esperan. Reina (M) nunca perdona el aborto de Magda, ni la homosexualidad de Tomás, ni el retraso de Paz. Ellos son hijos defectuosos, hijos de su padre. No siente cercanía, y me atrevo a decir, que ni siquiera cariño hacia ellos. Los aborta en vida. Los corta de sus afectos. La madre de Malena no es tan radical, pero también falla al no generar un nexo con su hija. Claramente Reina es la niña de sus ojos y Malena la Otra, la que no es perfecta, la que no se parece a ella. Pero

nadie las juzga por hacer eso, porque al final fueron madres dedicadas, exclusivamente madres, santas y sacrificadas.

Lo interesante es que la novela no plantea un modelo único de madre y permite ver en ese aparente imperativo femenino un mar de posibilidades, en el que algunas se presentan desde la abyección y ninguna es correcta. Sobre todo, se permite quitarle el aura de pureza a la madre, porque madres hay muchas y ninguna es perfecta.

4.4 El amor y el matrimonio pocas veces van de la mano

Love is an angel disguised as

lust

Patti Smith

Ha sido *Leitmotiv* de poemas, canciones y obras plásticas: el amor es una especie de locura. Una enfermedad mental que de cierta manera exonera a quien la padece de responsabilidad en sus actos. En nombre del amor se han llevado a cabo asesinatos, iniciado guerras, destruido familias y cometido las peores traiciones. Por eso no ha de sorprendernos que Reina siempre busque justificar su acciones precisamente con ese argumento: “Estoy enamorada, ¿no lo comprendes? Enamorada, *es la primera vez que me pasa desde que soy adulta*” (Grandes 487) [Las cursivas son mías].

El primer amor es la primera vez que una persona se ve envuelta por dicha locura. Lo cual, en teoría, habría de hacerla más vulnerable al embrujo del enamoramiento. Pero en el caso de Reina dicha frase se convierte en lugar común, pues la usa para todo. Para explicar por qué tiene una relación lésbica, por qué queda luego embarazada del esposo de su novia, por qué es la amante de Santiago y, sobre todo, porque traiciona a Malena al convencer a Fernando que la deje. El amor lo justifica todo. El sexo con amor es un pecado menor, porque las cosas que se hacen a partir del impulso del enamoramiento tienen una causa noble.

“Parecería que el enamoramiento es una panoplia de emociones intensas que van del cielo al infierno, y que están como sujetas a un péndulo manejado por una sola persona,

cuyos caprichos nos dominan en detrimento de todo lo que nos rodea, incluso del trabajo, la familia y los amigos” (Fisher 38).

El deseo, por el otro lado, es un impulso impuro. Es un impulso del cuerpo. El amor viene del alma. Una vez más podemos ver clarísimo el binomio alma/cuerpo. Finalmente el amor se basa en una inocencia bien intencionada, el deseo en cambio viene de lo oscuro, de lo sucio. Como ya hemos podido establecer, a Malena la mueve el deseo. El amor llega después. “Vértigo de identidad, vértigo de palabras: el amor es, a escala individual, esa súbita revolución, ese cataclismo irremediable del que no se habla más que *después*” (Kristeva *Historias* 3). Pareciera que es solo al narrar su historia que Malena habla de su amor por Fernando, en retrospectiva.

“Mi cuerpo ya había elegido por mí” (Grandes 180). Es ella quien busca a Fernando, es ella quien años después decide irse a la casa con Santiago y una vez allá tener sexo con él. Es más, ella espera que él se le abalance desde que están solos en el elevador. Pero al ver que él no hace nada, agarra las riendas.

Ese es el problema con Santiago. No hay deseo. A ella le parece que es muy guapo, pero su cuerpo no escoge ni siente que estalla en colores (180) como con Fernando. No experimenta un orgasmo y se lo dice a Santiago, él afirma que es normal que las mujeres no lleguen al clímax. Desde el principio le resta importancia al sexo, que ha sido primordial en la vida de Malena hasta entonces. “Salí de la iglesia y la luz me deslumbró... Entonces me lo dije, las has cagado, tía, ahora sí que la has cagado” (393). Ella sabe que su matrimonio está destinado al fracaso desde un principio, porque no ama a Santiago y tampoco disfruta con él. Pero pertenecer, hacer algo en su vida que es considerado correcto, casarse con un ‘buen hombre’ es en ese momento más importante que ser realmente feliz. Prefiere la tranquilidad de la vida con Santiago.

Michel Foucault sostiene en la *Historia de la sexualidad* que desde los comienzos del cristianismo el sexo conyugal contaba con todo tipo de restricciones, pues todo lo que se salía de la norma o no cumplía una función reproductiva era considerado abominable y perverso. “La relación matrimonial era el más intenso foco de coacciones; sobre todo era de ella de quien se hablaba, por encima de cualquier otra, esta relación debía confesarse en todo detalle” (*Historia I* 37). Santiago sigue esto al pie de la letra.

“El ama de casa es más un invento de los grupos privilegiados de las sociedades opulentas que una función natural en el animal humano. La familia con una doble fuente de ingresos es parte de nuestra herencia humana” (Fisher 291). El matrimonio de Malena y Santiago solo se mantiene de forma heteronormativa durante las relaciones sexuales. Malena trabaja desde un principio dictando clases de inglés y cuando Santiago decide independizarse y crear su propia empresa es ella quien mantiene económicamente el hogar. La responsabilidad cae sobre los hombros de Malena, pues Santiago parece no darse por aludido en cuanto a su falta de ingresos. Es entonces cuando el matrimonio se comienza a desmoronar. Malena necesita ayuda con su hijo, pues tiene que trabajar muchas horas al día para completar el dinero que hace falta, y recurre a su hermana Reina quien comienza a cumplir con las funciones de ama de casa en su hogar. Unos meses más tarde invita a Malena a comer:

-Malena, creo que ha llegado el momento de que decidas si aún puedes hacer algo para salvar tu matrimonio.

Me atraganté con un sorbo de vino tinto y tosí aparatadamente durante un par de minutos antes de echarme a reír.

-¿Qué matrimonio? –pregunté

-Estoy hablando en serio –dijo ella

-Yo también –contesté-. Si quieres que te diga la verdad me siento como una viuda de guerra con dos hijos, uno de cuarenta años y otro de cuatro. De vez en cuando, por pura inercia, me acuesto con el mayor (Grandes 613).

Esa conversación muestra con claridad el estado de la relación entre Malena y Santiago. También deja ver que Reina no quiere mostrar sus verdaderas intenciones, pues en ningún momento confiesa su amorío a Malena. Al contrario, durante la comida lo que hace es cuestionar el estado del matrimonio y decirle a su hermana que si las cosas andan mal en casa es culpa de ella. Que es Malena quien no está cuidando correctamente de su marido. Reina le pregunta a Malena si le molestaría que Santiago tuviera una amante y ella le contesta que no, que si tuviera tiempo ella mismo tendría uno, pero: “necesito todas las horas de las que dispongo para llevar dinero a casa como un buen hombrecito responsable, ya lo sabes” (614). Una vez más los roles tradicionales del deber ser se ven tergiversados, pues Malena se siente el hombre de la casa al ser responsable del sustento. También se siente la madre universal de la casa, como expresa antes. Lo que no se siente nunca es una esposa.

Al ver la presión que ejerce Reina sobre ella, recalcándole una y otra vez que no está cumpliendo bien su labor de esposa, le dice que a ella le encantaría enamorarse de un hombre y ser una mantenida, pues siente que no es justo que ella lleve toda la carga del hogar sola. Entonces Reina, la eterna solapada, le pregunta que por qué no deja a Santiago. “Pues porque depende de mí económica, afectiva, emocional y absolutamente... No tengo valor para hacer una cosa así sin un motivo concreto, y como nací en 1960, en Madrid, capital de la culpa universal y los valores eternos, no soy capaz de considerar que mi propio hastío sea un motivo concreto” (615).

Reina le asegura que no cree que Santiago sea como ella lo describe, que es un

hombre muy apetecible y que de seguro alguien lo notará.

Malena no es capaz de sentirse culpable por algo más en su vida, por eso prefiere vivir con un hombre con el que no es feliz. “Ser culpable sólo significa estar dispuesto a soportar el castigo y a constituirse en sujeto de punición. En este sentido, y sólo en este sentido, puede decirse que la culpabilidad está implicada ya en la mancha” (Ricoeur *Finitud* 367). Y Malena está dispuesta a soportar el castigo, pues cree que lo merece por tener mala sangre, la sangre de Rodrigo, es decir la mancha original que no le permite ser buena. Tiene una conciencia de responsabilidad y conoce con anticipación el peso del castigo: el ostracismo. Ese que llevó a Magda a desaparecer y que hizo que el abuelo viviera en soledad aunque rodeado por su familia. Ella cree que estar casada con Santiago es su acto personal de sacrificio.

Por eso el golpe es fuerte cuando es el propio Santiago quién decide poner fin a la relación confesándole que está con otra mujer, aunque no es completamente sincero pues no le aclara que es Reina. Malena actúa con indiferencia ante las palabras de Santiago. Se niega a hablar más con él y prefiere huir y buscar a su tía Magda. Curiosamente se va con Reina y su hija, aunque no les revela por qué van a donde van. Y es allá, cuando Magda le devela los secretos de su familia, de su historia, que Malena acomoda el rompecabezas y descubre por cuenta propia que la otra mujer es su propia hermana. La misma que luego usará el argumento de que Malena abandonó el hogar para justificar que ella se apropiara de su casa, sus muebles, sus objetos y de su marido.

Reina está dispuesta a jugar el rol de perfecta esposa y ama de casa, además el negocio de Santiago comienza a prosperar lo cual los saca de aprietos económicos. Claramente ella había estado abonando el terreno para conquistar el hogar de su melliza. Es ella quien pide el divorcio a Malena, con el argumento de que Santiago y ella deben casarse

porque quieren tener un hijo. Pues, como dice Foucault en *Historia de la sexualidad*, la pareja heteronormativa debe tener un fin procreativo, si no es anormal (*Historia I 37*),

Por fin se le presenta la oportunidad a Reina de hacer las cosas ‘como se debe’ y de un plumazo se borra el hecho de que fue madre soltera y que ahora está con el que fuera el esposo de su hermana. Todos asisten a su boda sin cuestionar nada, hasta la propia Malena. Reina se reivindica en su heteronormatividad y Malena es una vez más la abyecta, ahora divorciada, algo que unos años antes ni siquiera era permitido por ley en España. Si Reina se casó con Santiago por amor no queda claro. Aunque Reina, cuando es confrontada por Malena al descubrir que es ella la amante de su esposo, le asegura una vez más: “Yo estoy enamorada de él, enamorada, Malena, ¿sabes?, y esta vez va en serio, hasta te diría... Creo que es la primera vez que me pasa desde que soy adulta”. (Grandes 676).

La bigamia del abuelo Pedro

Desde los discursos de Aristóteles la infidelidad conyugal era considerada un “acto deshonesto” (Foucault *Historia 2 24*) en forma absoluta y sin excepciones. Aun así, la regla tácita del matrimonio en la antigua Grecia, que es la que existió también durante la dictadura de Franco, es que la mujer le debe obediencia a su marido y se le prohíbe tener relaciones sexuales con otros hombre. Por su parte se espera que el hombre mantenga a su mujer y no la maltrate, que evite tener descendencia con sus amantes y que no lleve nunca a su concubina a la casa que comparte con su esposa.

Pedro hace todo lo anterior. No solo lleva a su concubina, Teófila, a vivir en su casa de Almansilla durante casi toda la guerra civil, sino que reconoce a todos sus hijos, los que tiene dentro y fuera de su matrimonio, por igual y reparte su herencia entre todos.

Reina (M) y Pedro heredan grandes fortunas, cada uno tiene muchísimo dinero por

su cuenta. Además son primos, lo cual asegura que sus fortunas quedarán en la familia. Cuando ya está casado conoce a Teófila, una chica del pueblo que apenas tiene dieciocho años. “Él le había ido detrás única y exclusivamente porque quería llevársela a la cama, y fue allí donde se enamoró de ella, así, sin pensar, sin hablar, casi a traición, antes de tener tiempo para darse cuenta de lo que le estaba pasando” (Grandes 655).

El matrimonio de Pedro con Reina (M) era lo que la sociedad y su familia esperaba. Al punto que una vez que Pedro le pide a Reina (M) hacer algo atrevido en la alcoba, el lector nunca sabe qué, ella se encierra en el baño y no sale hasta que él se ha ido.

“Tanto en el espacio social como en el corazón de cada hogar existe un único lugar de la sexualidad reconocida, utilitaria y fecunda: la alcoba de los padres” (Foucault *Historia I* 7). Pero como bien lo escribió también Foucault, había reglas. Solo la sexualidad con fines reproductivos era lo aceptable. Y como Reina (M) era muy correcta y ‘buena’ no estaba dispuesta a aceptar un ‘irrespeto’ en su lecho. Así fuera con su marido. Todo lo que fuera sólo por placer era pecado.

La relación de Pedro con Teófila nace del deseo y se convierte en amor. Al punto que cuando estalla la guerra y él está en Almansilla no hace ningún esfuerzo por volver a Madrid y deja allá a Reina (M) y sus hijos. Eso sí, les sigue enviando provisiones todos los meses. Reina (M) lo espera todos los días, mientras él se lleva a Teófila a vivir a su casa en Almansilla con los hijos que ya tiene con ella y durante ese periodo tienen otro más. Él quiere divorciarse de Reina (M), por eso durante todo ese tiempo le da dinero a las tropas republicanas, pues sabe que si ganan ellos la ley le permitirá dejar a su mujer. Pero ellos pierden la guerra. Aún así él no se va de Almansilla de *motu proprio*. Es Reina (M) quien va a buscarlo y lo obliga a regresar a Madrid. No quiere negociar una separación, y está dispuesta a dejar a Pedro sin dinero si no regresa. “Yo de pobre sería un desastre, por eso

vuelvo” (Grandes 154).

“In my family, at least, the great lack of parity between husbands and wives has always been spawned by the disproportionate degree of self-sacrifice that women are willing to make on behalf of those they love” (Gilbert 171). Existe la idea de que el sacrificio es la muestra máxima del verdadero amor y este es el caso de Reina (M), es la razón por la cual él le pide a Pedro que regrese, es la razón por la cual ella permite que siga teniendo una relación Teófila aún después de eso. El dolor purifica. Esa es la cruz que ella tiene que cargar. Y cuando Magda la confronta le asegura que todo lo ha hecho por ellos, por sus hijos, para que crezcan con un padre. Un padre al cual deben odiar por todo lo que ha hecho sufrir a su madre, porque siempre deben ser fieles a ella que lo ha dado todo y más por ellos. Pero cuando la conversación se convierte en discusión y Magda le sugiere que deje a su esposo si sufre tanto casada con él, ella grita: “Es mi marido, dijo, mi marido, ¿me oyes?, mi marido” (Grandes 647).

Quizás el sacrificio sí sea una forma de mostrar el amor, pues Teófila también acepta ser la otra mujer por siempre y no busca formar un hogar con otro hombre. Y cuando una de las empleadas de la casa de Almansilla le sugiere que busque otro amor ella le responde: “Pero ¿qué dices, Mercedes?, me contestó, si yo ya estoy casada” (158).

El matrimonio como escalera social

Al padre de Malena lo conocían en su barrio como: “Picha de oro” (638). Era legendario, pues desde su adolescencia había logrado conseguir cosas a cambio de favores sexuales. Y fue así como también logró escalar a nivel social. Después de la guerra su madre Soledad perdió todo y él creció como un huérfano de la guerra en un barrio obrero. Logró con esfuerzo estudiar derecho, igual que el padre que no conoció, pero el golpe de

gracia, su mayor éxito, fue casarse con Reina. Y Reina quería casarse con él, porque era guapo y le gustaba. Ambos podían beneficiarse con la unión. Reina sí estaba enamorada de él, por eso accedió a tener sexo y se casó embarazada. Jaime nunca le fue fiel, es más uno de sus amoríos más longevos fue con Magda, hermana melliza de su esposa. Reina sí fue una esposa sacrificada, un ama de casa ejemplar.

En 1986 el padre de Malena deja a su esposa y se va a vivir con la que fue la novia de sus cuñados Porfirio y Miguel. Reina se echa a la pena y busca el consuelo en su hija. No sabe qué hacer, tiene más de cincuenta años y cree que se quedará sola. Malena, para darle alivio a su madre, le reitera que: “Es una putada” (515) que su padre la haya dejado después de tantos años. “Pero ése es mi destino y será el tuyo, es el destino de todas las mujeres” (515), le responde su madre.

Soledad y Jaime o el matrimonio por amor

“Tal vez sean los ojos –y no el corazón, los genitales o el cerebro- los órganos donde se inicia el idilio, ya que es la mirada penetrante la que con frecuencia provoca la sonrisa humana” (Fisher 20). Y es así como Soledad y Jaime establecen ese vínculo, que no logró disolverse siquiera con la muerte.

El amor que nace entre ellos no es tierno, es muy sexual, y una vez más comienza con el deseo. El deseo es el motor que lo mueve siempre. Tanto así que ella le cuenta a su nieta que su esposo se escapaba del trabajo a deshoras solo para ir a hacerle el amor en media hora y luego regresar. Eran amantes y esposos, que como podemos ver en la novela no es la regla general en los demás hogares de la familia. “Él repetía todo el tiempo que una pareja son dos personas enteras, no una sola cosa hecha de dos mitades” (Grandes 372). Antes de morir, Jaime le asegura a Soledad que nunca le había sido infiel. Se refería al

amor y no al sexo, lo cual es un pensamiento bastante moderno para época.

La experiencia amorosa une indisolublemente lo *simbólico* (lo prohibido, discernible, pensable), lo *imaginario* (lo que el Yo representa para sustentarse y agrandarse) y lo real (ese imposible donde los afectos aspiran a todo y donde no hay nadie que tenga en cuenta el hecho del que *yo* no soy más que una parte). Estrangulada por ese nudo apretado, la realidad se desvanece: yo no la tengo en cuenta y la remito, cuando pienso en ella, a uno de los otros tres registros (Kristeva *Historias* 6) [Las cursivas son del texto].

La abuela Soledad tiene amantes después de quedar viuda, pero nunca quiere volverse a casar pues no quiere dejar de ser la esposa de Jaime. No deja de amarlo, ni deja de tener una relación con él y por eso le es imposible hacer el duelo. Pero ese punto lo retomaré más adelante.

5. Los herederos de la mala sangre

Lo importante, recuerde, es
tener un secreto

Umberto Eco

En la mafia se dice que “sólo la sangre no traiciona” (Reynolds 202) y en eso se basa su código de silencio: la *omerta*. El silencio que cuida el secreto. En este caso el secreto de quienes pertenecen a la ‘familia’, los crímenes que han cometido y cuál es la estructura de poder. ¿Pero qué pasa cuando es la propia familia la que traiciona y la que excluye? Como ya hemos visto en *Malena es un nombre de tango* la familia se divide internamente entre ‘los buenos’ y aquellos que, como señala una antigua maldición, nacen con la ‘mala sangre’.

En este caso se le conoce como “la sangre de Rodrigo” (Grandes 55) y “en vuestra familia siempre ha habido una mala vena... sólo unos pocos la heredan y son los menos” (133). Quienes la heredan son los diferentes, los parias los excluidos, en una familia convencida que por su alcurnia debe mantener apariencias. Quienes no lo hacen son rechazados de manera tácita pero firme, como una suerte de ovejas negras dentro de su comunidad familiar. Por esto, los de la ‘mala sangre’ se unen en una especie de alianza, de sociedad secreta, liderada por el abuelo, quien no selecciona pero reconoce a todos los que pertenecen a su casta de malditos. Por eso se puede retomar aquel código de la mafia, pero en este caso habría que transformarlo a que es la ‘mala sangre’ la que no traiciona. Y eso lo aprenderá Malena.

La leyenda

Por lo general las sociedades secretas buscan un pasado antiguo que los legitime y les de prestigio. En este caso la leyenda que legitima a los de la ‘mala sangre’ nace con la conquista del Perú, y el prestigio que les da es poco. Todo lo contrario, se puede decir que es más bien una vergüenza. La génesis se encuentra en la historia del Rodrigo el carnicero, un negociante español que fue a buscar fortuna en el nuevo mundo, comprando tierras y exportando productos. Logró hacerse de una gran fortuna, la cual generó el patrimonio que la familia conserva hasta la época de Malena.

Rodrigo se casó con una mestiza, Ramona, y tuvo hijos con ella. Pero a él no sólo le gustaban las peruanas; sobre todo, le atraían los esclavos negros. Cuando Ramona lo encuentra teniendo relaciones sexuales con otro hombre nace la leyenda de los de la ‘mala sangre’. “Fue entonces cuando le maldijo, a él y a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, y profetizó que la sangre se le pudriría en las venas, y que así ocurriría con todos los de su casta, y que ninguno de nosotros hallaría jamás la paz mientras sirviera o cediera..., no sé, no me acuerdo de lo que decía mi padre, a las exigencias de la carne” (657), le cuenta Magda a Malena.

Para completar el siniestro mito, Rodrigo murió casi dos años después de ese episodio a causa de una enfermedad venérea que, literalmente, le pudrió el pene e hizo que todos creyeran en el real poder de la maldición, como antes se asentó. Si se tiene en cuenta, como escribe el historiador y filósofo francés, René Girard en *El chivo expiatorio* que a los sospechosos a quienes primero se acusa son a los que han cometido crímenes violentos, o a quienes se cree culpables de: “los crímenes sexuales, la violación el incesto, la bestialidad. Los que transgreden los tabúes más rigurosos respecto a la cultura considerada son siempre

invocados con mayor frecuencia” (25), se puede entender el impacto que tiene este personaje en la historia familiar de los Fernández de Alcántara. Es un criminal que recibe un castigo divino por cuenta de una maldición, es un poder superior quién lo juzga. Además, para no olvidarlo (y también para recordar de dónde proviene su fortuna), han mantenido como tesoro familiar el retrato de Rodrigo el carnicero en su mansión de Madrid.

¿Pero qué distingue a aquellos que se supone pertenecen a la casta de la sangre de Rodrigo? Lo primero es su piel oscura; lo segundo es que son todo cuerpo, todo voluptuosidad. Son hermosos, llamativos y atractivos. Los ‘buenos’ son frágiles, claros, rubios, blancos, pasan desapercibidos. Pero, principalmente, los de la ‘mala sangre’ se distinguen de los demás porque tienen una relación con el abuelo Pedro.

Como ya he dicho, él, un hombre de alcurnia, se casa con su prima, quien también tiene una gran fortuna. Pero, en el pueblo de Almansilla, donde está la casa de campo de la familia, se enamora perdidamente de una mujer común, curiosamente la hija del carnicero, Teófila. Más tarde mientras todos se refieren a su mujer como una santa por cargar con la cruz de un mal matrimonio, a él lo llaman cabrón en frente a su prole. Eso es en lo que se convierte, un animal para el sacrificio. Porque finalmente: “La sexualidad es el pecado por excelencia; esta ecuación ha pesado mucho en la historia cristiana” (Delumeau 481). El gran crimen de Pedro era desear, y tener, a otra mujer. Como le cuenta Magda a Malena: “Nosotras teníamos que ser como mamá, unas santas, porque era eso lo que tocaba, y el cabrón presente, sólo un aviso del cabrón futuro, o sea, el enemigo. Como si no tuviéramos padre” (Grandes 642).

Para pertenecer a una sociedad secreta no sólo se debe ser elegido (en este caso llevar la ‘mala sangre’), también se debe pasar una prueba, una especie de rito iniciático. En

el caso de la familia Fernández de Alcántara la gran iniciación es perder el miedo hacia el abuelo, aquel gigante malvado, y hablar con él. Eso es todo. Algo tan sencillo, pero al mismo tiempo tan difícil.

Malena lo hace cuando es una niña y está de visita en la casa de sus abuelos. En un momento, jugando en el jardín, queda sola y se encuentra con su abuelo Pedro quien cuida de su tía Paz (o Pacita como le dicen de cariño, pues tiene una discapacidad cognitiva que la dejó con las capacidades mentales y físicas de una bebé de por vida). Allí por primera vez su abuelo se dirige a ella y la invita a dar un paseo con Pacita y con él.

Cuando Malena tiene doce años, en una conversación con su abuelo, le confiesa: “Reina es mucho más buena que yo” (52). En ese momento el abuelo decide darle un broche antiguo con una gran esmeralda, después de pedirle que no vuelva nunca a repetir esa frase, porque no es cierta. La reacción de Malena es preguntar por qué se la va a dar precisamente a ella, si él tiene muchos más nietos. “¿Por qué no te lo iba a regalar a ti? Magda te adoraba, eso te convierte en una nieta doble, y además..., me temo que tú eres de los míos –bajó la voz-, de la sangre de Rodrigo. Seguramente te hará falta algún día” (55).

Secretos

El abuelo Pedro le hace además prometer que no le dirá a nadie nunca que la joya está en su poder. Le dice que el día que necesite venderla, cuando sea adulta, llame a su tío Tomás. “Y ten presente siempre que esta esmeralda puede salvarte la vida” (54), le advierte. Para cerrar el pacto, la promesa de aquel secreto, le da un beso en los labios. Ella y Tomás, quien también sabe de este secreto, logran mantenerlo oculto por años. Ni siquiera lo revelan el día de la lectura del testamento del abuelo, cuando todos preguntan por qué esa joya no aparece en el inventario de bienes. Tenían además los ánimos

caldeados, sobre todo después de la bofetada que sufrieron los hijos de Reina (M) al ver que su padre había repartido su propiedad en catorce partes iguales, incluyendo como herederos legales a los hijos que tuvo con Teófila.

Y es con secretos de este tipo como se forma el vínculo entre este grupo de parias. Después del abuelo la integrante más antigua es Pacita. A los pocos meses de nacer, después de un episodio de fiebre muy alta, Paz queda lisiada de por vida. Reina (M), su madre, al enterarse del diagnóstico de los médicos rechaza de manera tácita a su hija y la deja en manos de una enfermera. Pero su papá no es capaz de hacer lo mismo y se dedica de lleno a su cuidado. Es la primera hija con la que puede crear un vínculo sin la intermediación negativa de su esposa. Así Paz no pueda entender o responder a sus conversaciones, es la única hija con la que puede hablar, porque es una paria como él. Y aunque la condición mental y física de Pacita la convierte en una excluida visible en su familia, pronto Pedro descubrirá que no es la única pues como ya he citado lo abyecto es “aquello que perturba una identidad, un sistema, un orden” (Kristeva 11). O como sostiene Girard:

No sólo puede haber anormalidad en el plano físico. Se da en cualquier plano de la existencia y del comportamiento. Y en todos por igual, la anormalidad puede servir de criterio referencial para la selección de los perseguidos. Existe, por ejemplo, una anormalidad social, que se define por diferencia respecto a la norma o medida. Cuanto más se aleja uno en el sentido que sea del status social común, mayor es el riesgo de que se le persiga (Girard 29).

Paz y Pedro no eran los únicos que se salían de la norma. Pero compartían un secreto: el de sus conversaciones. Un día Magda logra superar el miedo que le tiene a su padre y entrar a hurtadillas a su despacho. Lo encuentra en plena plática con Paz. Él le está

contando a su hija que sueña todas la noches que sale a la plaza de Almansilla, toma un adoquín del piso y comienza a golpearse el cráneo con él mientras todos los miembros de sus dos familias observan su flagelo. Sabe que es el chivo expiatorio para ambas mujeres y para sus hijos, que lo responsabilizan de todo lo malo que les pasa en sus vidas. “Le abracé, y lo único que se me ocurrió fue decir, cuéntamelo a mí papá, a mí, que he salido mala, igual que tú...” (Grandes 653). Al tener una relación con su padre Magda quedó automáticamente eliminada de los aprecio de su madre.

Los secretos que mantiene la sociedad de la ‘mala sangre’ son sobre todo para proteger a sus miembros. “Los diferentes objetivos afectaban la forma como se constituían y funcionaban las sociedades, porque su secreto se volvió necesario, ya fuera como medio de asegurar exclusividad para sus miembros o como defensa contra el descubrimiento y la persecución” (Reynolds 18). Como cuando Magda decide escapar del convento. Los únicos que conocen su paradero son su padre y su hermano Tomás, y también su cuñado el padre de Malena quien siente un cariño especial hacia los parias de la familia, aunque se casa con una Reina.

“Como muestra el ejemplo de los cristianos, las reacciones más comunes de la gente de afuera frente a las sociedades secretas son la desconfianza y el miedo, surgidos del principio según el cual *lo que es bueno no debe ser secreto, y lo que es secreto no puede ser bueno*” (17) [las cursivas son del texto]. Esto sale a relucir también en la lectura del testamento de Pedro, cuando se informa a los demás que Magda recibirá su parte de la herencia. Su hermana melliza sufre un colapso nervioso, porque descubre que Tomás y su padre siempre han conocido el paradero de Magda. Y no puede aceptar que Magda se haya salido con la suya gracias a la “maldita alianza” (Grandes 67) que tienen los de la ‘mala sangre’. No sabe que su propia hija forma parte de esa alianza también y que su esposo no

sólo conoce el paradero de Magda sino que ha tenido un amorío con ella durante años y va a visitarla cada tanto a su lugar de refugio.

El otro miembro de la sociedad de la sangre de Rodrigo es Tomás, quien es la mano derecha de su padre. Él guarda todos los secretos de esta alianza y además es el encargado de cuidar a sus miembros cuando su padre fallece. Después de que ayuda a Malena a vender la esmeralda, ella le pregunta qué tiene él de particular para pertenecer al bando de los malditos. Tomás le responde: “-Pues todo- dijo suavemente-. Yo lo tengo todo, Malena, más derechos acumulados que todos vosotros juntos. Soy homosexual” (728). Y el vínculo que lo unió a su padre fue que, a diferencia de su madre, él aceptó la preferencia sexual de su hijo. Ella en cambio lo excluyó, como a Pacita y a Magda.

El peso de la culpa

Las razones por las cuales Malena se considera miembro de la ‘mala sangre’, más allá de los secretos y la relación que tiene con su abuelo, los he expuesto desde el principio de este texto entonces no los repetiré. Pero el punto es que Malena vive su vida agobiada por la culpa, por creer que es una ‘mala mujer’ y una mala persona. “De aquí se sigue que existe una diferencia intrínseca entre el que *obra* bien y el que *obra* mal, consistente en que uno agrada a Dios y el otro le desagrade” (Ricoeur *Finitud* 404). Como explica Ricoeur: quien sufre culpa lo hace porque está dispuesto a aceptar el castigo que cree merecer y Malena cree que al llevar la sangre de Rodrigo, la mancha original, no puede ser buena.

Finalmente es esa culpa también la que lleva a su abuelo Pedro a obsesionarse con la leyenda familiar y a crear el vínculo con quienes considera que también están malditos como él. Magda analiza muchos años después, en su reencuentro con Malena, que la maldición le sirvió a su padre para explicarse por qué no fue capaz de dejar a Teófila y ser

feliz con su esposa. “Nunca se le ocurrió pensar que lo que le pasaba a él le estaba pasando a millones de personas en el planeta” (Grandes 654). Que finalmente el secreto que compartía con los demás miembros de la ‘mala sangre’ era que seguía el ritmo de su deseo, era su sexualidad por fuera de la norma y abierta. Todos los miembros de esta sociedad se salen de la norma: un homosexual, un bígamo, dos ‘putas’ y un ser asexuado, Pacita.

Al igual que en el cuento de *La secta del Fénix* de Jorge Luis Borges. “No hay templos dedicados a especialmente a la celebración de este culto, pero una ruina, un sótano o un zaguán se juzgan lugares propicios. El Secreto es sagrado pero no deja de ser un poco ridículo; su ejercicio es furtivo y aún clandestino y los adeptos no hablan de él” (Borges 202). Y así se lo revela Rodrigo Orozco a Malena después de oír toda su historia. “-La maldición es el sexo, Malena –dijo muy despacio-. No existe otra cosa, nunca ha existido y nunca existirá” (Grandes 759).

6. La memoria

Como ya he escrito, *Malena es un nombre de tango* es, sobre todo, un texto sobre la memoria. Para analizar este aspecto me remitiré a continuación a las narraciones de Malena, Soledad y Magda, los tres personajes más importantes de la novela y a través de cuyas voces se cuenta la historia.

6.1 Malena, la narración como liberación

La historia comienza con un Rodrigo, el carnicero, y termina con otro, Rodrigo Orozco, el psiquiatra. Una vez más los nombres son muy importantes. Como ya he dicho, la narración tiene analepsis y prolepsis constantes. Todo el tiempo salta de un momento a otro en la vida de Malena, aunque comienza cuando ella tiene siete años y termina a sus treinta y tres. “La memoria permanece con huellas, con el objeto de “preservarlas” pero huellas de un pasado que nunca ha sido presente, huellas que en sí mismas nunca ocupan la forma de la presencia y siempre permanecen, por así decirlo, venideras: vienen del futuro, del *porvenir*” (Derrida *Memorias* 69) [Las cursivas son del texto]. Es decir que los recuerdos son flashes de la memoria. Van llegando a veces con un hilo conductor y en otras como pequeñas iluminaciones sin conexión. Saltan de un momento a otro, y es así mismo como se da la narración de Malena.

También es importante destacar que la memoria ayuda a crear el futuro. La experiencia, cuando pasa al lenguaje, cuando se narra, adquiere una interpretación. Es un acto de hermenéutica que permite cuestionar y sobre todo entender, comprender-se. “Al acordarse de algo, uno se acuerda de sí” (Ricoeur *La memoria* 128). Y en el caso de Malena, como está recordando, logra hacer un análisis de los hechos a partir de sus

sentimientos y su experiencia actual. Por ejemplo: “Yo no me la merecía, nunca había hecho nada para merecer palabras como aquellas, y él no podía haberlas dicho en serio porque yo le amaba, y no podía haber derrochado tan tontamente mi amor” (Grandes 325). Acá ella hace una interpretación hoy de lo que ocurrió entonces, cuando Fernando termina con su relación y le dice que ya no quiere estar más con ella, porque lo único que ella le podía dar era sexo y eso ya lo tuvo y le hartó.

Recordar, evocar, exige un trabajo, un esfuerzo que inevitablemente lleva al sufrimiento, pues implica traer de nuevo al ahora aquello que me marcó hace tiempo. Esa marca hizo que algo se estremeciera en mí, que algo cambiara, es una huella que quedó y al recordarla vuelvo a sufrir (Ricouer *La memoria* 59). Y ese sufrimiento se hace presente en Malena desde el principio. La angustia de no sentirse una niña y orar, por eso, para que la Virgen la convierta en niño; la sensación constante de no pertenecer hace que su narración esté cargada de desasosiego que se ve reflejada también en la velocidad del texto, que como ya he dicho logra una narración ágil, cargada de comas, con pocos puntos. Como si necesitara contar rápido, para no olvidar lo que quiere decir.

Cuando se está haciendo un ejercicio de evocación de la memoria existe siempre el riesgo de confundir entre imaginación y recuerdo. “La memoria, reducida a la rememoración, opera siguiendo las huellas de la imaginación” (*La memoria* 21). Es interesante ver cómo en el texto situaciones y acontecimientos que Malena daba como hechos, y que narra tal cual, se van resolviendo más adelante a manera de imprecisiones o ideas que ella se hizo en su infancia, pero que la afectaron tanto que ella las cuenta como reales, pero que su mente adaptó por medio de la imaginación infantil. Por ejemplo, al principio ella presenta a su familia materna, los Fernández de Alcántara como herederos de conquistadores españoles. Cree que la fortuna de su familia es consecuencia de la conquista

y el saqueo. La verdad, como luego le aclarará su abuelo Pedro, es que eran comerciantes y no tuvieron nada que ver con la conquista como tal, sino que fueron a América buscando negocios. Esto desilusiona a Malena, que ya tenía creada toda una mitología alrededor de su herencia sangrienta y violenta, que la enorgullecía al ser una niña de siete años.

Otro punto importante en este aspecto es la idea que posee Malena de su nacimiento, recordemos que ella tiene una hermana melliza. En un principio lo cuenta así:

Los médicos dieron a entender que yo me había comportado como un feto ambicioso y egoísta, devorando la mayor parte de los nutrientes que el organismo de mi madre producía para las dos, acaparando con avidez los beneficios en detrimento del feto más débil, hasta que en el séptimo mes de embarazo, aquél se encontró ya prácticamente sin recursos para alimentarse (Grandes 38).

La realidad fue que la madre de Malena se casó embarazada y tuvo a las bebés siete meses después de su boda, lo que significa que las bebés llegaron a término. Eso Malena no lo sabe sino hasta que se reencuentra con Magda muchos años después. Pero anteriormente, cuando ella y su hermana, Reina, están embarazadas al tiempo en una conversación con su madre ocurre lo siguiente:

-Pero si lo de Reina fue culpa mía –dije, y un asombro de insospechada intensidad congeló su rostro.

-No. ¿Cómo va a ser culpa tuya? Si hubo alguna culpable fui yo, desde luego, por no desarrollar dos placentas suficientes para alimentarlos a las dos.

-Pero tus placentas estaban bien, mamá, lo que pasa es que yo me lo chupaba todo y no dejaba nada para ella, los médicos lo dijeron.

-No, hija, no. Nadie dijo nunca una cosa así...

Sí, mamá, sí, pude replicar, eso era lo que decíais todos, pero no quise recordárselo

(577).

¿Será que en algún momento alguien sí le dijo a Malena que era culpable del frágil estado de su hermana al nacer? Como lectores no podemos saberlo. “La amenaza permanente de confusión entre rememoración e imaginación, que resulta de este devenir-imagen del recuerdo, afecta a la ambición de fidelidad en la que se resume la función veritativa de la memoria” (Ricoeur *La memoria* 22). Es más, Platón aseguraba que la memoria y la imaginación venían de la misma parte del alma: el alma sensible.

Lo cierto es que todo esto que cuenta Malena y recuerda con dolor, son huellas que están en su memoria. Ricoeur explica que hay tres tipos de huella. La primera es la que está escrita y archivada, la que usan los historiadores para su trabajo. La tercera es la impronta corporal o cerebral. La segunda, que es la que nos interesa acá específicamente, es la impresión que es una afección. Es decir, si el alma fuera una tabla de cera, estas huellas serían aquellos acontecimientos destacados que dejan una impresión en esa cera y afectan el “meollo del alma” (*La memoria* 31).

El paso del tiempo

Para que haya memoria tiene que haber transcurrido el tiempo. En el caso de Malena casi toda una vida para que ella pueda comenzar a rememorar y narrar su historia. “La distinción entre *mnême* y *anamnêmesis* se basa en dos rasgos: por un lado el simple recuerdo sobreviene a la manera de una afección, mientras que la rememoración consiste en una búsqueda activa” (*La memoria* 36) [Las cursivas son del texto]. Es sólo hasta ahora, a los 33 años, que Malena se siente capaz de hablar de Fernando. Durante todos esos años es prácticamente nada lo que puede decir sobre la relación y el daño que le hizo. Es más, durante bastante tiempo ella vivió sumergida en la melancolía por el fin de su relación con

Fernando y que él nunca le haya querido explicar por qué le dijo lo que le dijo y que ella nunca lo volviera a ver desde ese día. Entra en un letargo, en una depresión que la vuelve pasiva, hasta que descubre las drogas en los años ochenta y entonces se convierte en una joven extrovertida, dedicada a la moda del momento y que gusta de la fiesta. Que va de antro en antro y de cama en cama.

Ricoeur escribe que en la melancolía la persona se acusa a sí misma de lo ocurrido (*La memoria* 101). Se autocondena y se autocastiga pues cree que no merece nada mejor. Malena decide no seguir su relación con Agustín, porque cree que no merece ser feliz y estar sexualmente complacida. De cierta manera su matrimonio con Santiago es el castigo que ella misma se impone al creer que en efecto es culpable de haber perdido el amor de Fernando por ser una “puta”. Sigue buscando el perdón de Fernando y una explicación, por eso manda publicar anuncios en un periódico alemán hasta el día antes de su boda.

Malena sólo puede hacer las paces con lo que ha ocurrido cuando narra su historia. Es entonces cuando hace el duelo. “El trabajo del duelo es el costo del trabajo del recuerdo; pero el trabajo del recuerdo es el beneficio del trabajo del duelo” (*La memoria* 100). Y tiene sentido que sólo hasta entonces pueda volver a reventar “en diminutas chispas de colores” (*Grandes* 756) como cuando conoció a Fernando. Es también curioso que ocurra precisamente con Rodrigo Orozco, el narratario.

La confesión

Después de sentir que estalla en colores, Malena se tumba en el diván de Rodrigo y comienza a narrar: “Entonces me tendí nuevamente de espaldas y empecé a hablar, y hablé durante mucho tiempo... , vertí en sus oídos todos los secretos que me habían atormentado durante años, verdades atroces que se disolvían como por ensalmo en la punta de mi

lengua” (758).

Malena guarda secretos, propios y ajenos, durante toda su vida. La narración de su historia, de su vida, es una liberación. Es la primera vez que se atreve a poner en palabras, a nombrar, a decir, todo aquello que le ha sido confiado. Es una confesión.

Creemos que la verdad, aquello que guardamos como secreto en lo más profundo de nuestro ser “pide salir a la luz” (*Historia I* 58). La confesión es una liberación. Foucault también habla de la importancia de la confesión en Occidente, la cual ya no sólo está incorporada al ámbito religioso como sacramento, sino que se mueve en ámbitos morales, jurídicos, científicos y psicoanalíticos

Como descubrimos al final, Malena le está contando su historia a Rodrigo Orozco, un psiquiatra, mientras yace tumbada en un diván. Podemos asumir que esta narración es una especie de asociación libre, como ocurre durante el psicoanálisis lo cual es un tipo de confesión en un ámbito científico.

“El que escucha no será sólo el dueño del perdón, el juez que condena o absuelve; será el dueño de la verdad. Su función es hermenéutica” (Foucault *Historia I* 65). En este caso es Rodrigo quien cierra el círculo y libera a Malena es él.

Malena conoce a Rodrigo en la boda de su hermana Reina, en ese momento él no le llama la atención. Pero luego Reina cree que Malena ha enloquecido cuando Malena está en casa de Reina y Santiago, descubre su diario y confronta a su hermana, por primera vez. Sobre todo después de que Malena, en un acto de mucho histrionismo decide maldecir a Reina.

-Maldita seas, Reina –dije con acento sereno, pronunciando con cuidado cada sílaba, la voz y la cabeza igual de altas-, y malditas sean tus hijas, y las hijas de tus hijas, y que por vuestras venas corra siempre un líquido perfecto, transparente, claro

y limpio como el agua, y que jamás, en toda vuestra vida, ninguna de vosotras llegue a saber nunca lo que significa tener una sola gota de sangre podrida (Grandes 746).

Al igual que Ramona, siglos atrás, ella acaba la maldición de la ‘mala sangre’ con la de la ‘buena sangre’ y cree que con eso ya está saldada la deuda y cerrado el ciclo. Pero cuando apenas unos días más tarde suena su teléfono y quien está al otro lado le dice: “Soy Rodrigo” (747) ella cree que está escuchando el fantasma del carnicero pidiendo explicaciones. Pero no. Es Rodrigo Orozco, psiquiatra, quien llama, a petición de Reina, porque ella quiere una evaluación psicológica de Malena con el plan de presentar ante un juez que su hermana está loca y no puede cuidar de su hijo y así quitarle la custodia de Jaime. Lo que no imagina Reina es que será precisamente Rodrigo quien permita a Malena observar su vida y por fin empoderarse y aceptarse.

Es significativo que sea con este psiquiatra con quien Malena vuelve a sentir que estalla en colores. Se puede llegar a pensar que es un amor de transferencia:

El amor de transferencia es una dinámica entre tres: el *sujeto* (el analizado), su *objeto* de amor imaginario o real (el otro con el que se desarrolla todo el drama intersubjetivo de la neurosis o, más grave, de la ruina de identidad que lleva a psicosis) y el *Tercero*, el lugarteniente del Ideal potencial del Poder posible. Ese lugar del *Otro* lo ocupa el analista, sujeto que supuestamente sabe –y sabe amar–, por lo que se va a convertir, en terapia, en el amado supremo y el agredido predilecto. En su efecto, la identificación con esta instancia del Otro, así como su introyección, no tienen lugar sin su muerte simbólica o imaginaria. El Otro, en tanto en cuanto el analista ocupa su lugar, es en terapia Otro amado (Kristeva *Historias* 11) [Las cursivas son del texto].

Kristeva asegura que sin esta transferencia no hay análisis. Lo que se da con Malena es un análisis, en el que ella hace una asociación libre de toda su vida y pone en palabras lo que le ha pasado para así interpretarlo y entenderlo.

No dudo del todo de un real gusto entre Rodrigo y Malena que puede llevar a una relación amorosa ya que al final ella regresa a su departamento, donde él la está esperando en la puerta y se puede imaginar que pasan la noche juntos, creo que Rodrigo es quien libera a Malena. “-La maldición es el sexo, Malena –dijo muy despacio-. No existe otra cosa, nunca ha existido y nunca existirá” (Grandes 759).

Una particularidad en Malena es que no es codiciosa en cuanto a objetos de real valor. Sí, tiene una esmeralda costosísima en su poder, pero ella no lo sabe. Malena conserva la esmeralda porque es un secreto entre ella y su abuelo. Y ella sabe guardar secretos. Pero cuando Reina toma su hogar y oficializa su relación con Santiago, Malena ni siquiera se lleva su ropa. Los únicos objetos que tienen valor son aquellos que están atados a una historia: los cacahuates fosilizados de Soledad, la tuerca plateada de la motocicleta de Fernando, y los cuadros de Rodrigo el carnicero y su abuela Soledad. Eso es lo único que se lleva de su antigua casa. Malena había dado a guardar la esmeralda a su padre, en una caja con llave llena de pañuelos para que no se pudiera adivinar su contenido.

“ En el plano más profundo, el de las mediaciones simbólicas de la acción, la memoria es incorporada a la constitución de la identidad a través de la función narrativa” (Ricoeur *La memoria* 115). Malena se narra a sí misma, finalmente, su historia para poder liberarse del peso del pasado y emprender su futuro sin la carga de la culpa que no la ha dejado disfrutar de su vida.

6.2 Soledad y Jaime: El derecho a la memoria de un hombre que perdió la guerra

What's in a name?

William Shakespeare

Se puede hablar de heridas y traumatismos colectivos al igual que se puede hablar de memoria colectiva. La mayoría de los acontecimientos fundacionales en la historia de la humanidad son guerras en donde la gloria de unos es la humillación de los otros. Y en estas guerras las heridas colectivas, sobre todo las psicológicas, necesitan curación para que sus víctimas puedan hacer el duelo. Pero cuando la historia la escriben aquellos que ganan las guerras, lo cual suele ser la regla, la vivencia de los perdedores, su relato, queda relegado a la memoria de los humillados sobrevivientes y casi siempre al silencio y al olvido.

Cada quien recuerda de manera diferente y siempre, como bien explica Paul Ricoeur en *La memoria, la historia y el olvido* y como ya he dicho, existe el riesgo de que se confundan la rememoración y la imaginación poniendo en peligro la fidelidad de la memoria. “Y sin embargo, no tenemos nada mejor que la memoria para garantizar que algo ocurrió antes de que nos formásemos el recuerdo de ello” (23).

Es precisamente gracias a un ejercicio de evocación de la memoria como Malena Montero descubre lo que realmente ocurrió a sus abuelos paternos Soledad y Jaime. “Nunca me había dado cuenta antes, pero hasta donde yo sabía, mi familia paterna carecía de historia” (Grandes 336).

Como ya sabemos, la esmeralda que le da el abuelo Pedro a Malena le salva la vida y le significa una fortuna que ella jamás imaginó. Este es uno de los tesoros que le son

entregados a la protagonista por parte de uno de sus abuelos. Pero quizás el más significativo en su vida, aquel que le permite entender más adelante que la historia de los Fernández de Alcántara no es la única herencia narrativa a la que tiene derecho y por lo tanto no es sólo la ‘mala sangre’ la que la define, son dos cacahuates casi fosilizados en una caja gris de cartón (501) que le entrega su abuela Soledad. El único testimonio físico que sobrevive del gran amor que ella y su esposo se tuvieron décadas atrás.

Me di cuenta que solamente el azar, y un azar doloroso, terrible, cuyas consecuencias en mi propia vida no era todavía capaz de calibrar, me había permitido tomar posesión de un legado que me correspondía y que, de otra manera, nunca me habría sido transmitido, un bien cuya existencia ni siquiera imaginaba, la memoria de quien siempre ha sido el oscuro, el dudoso, el otro abuelo (373).

Como sugiere Ricoeur, este hecho, esta función narrativa de la memoria de su abuela Soledad le permite a Malena construir su identidad (Ricoeur *La memoria* 115) a partir de un pasado que no sólo desconoce sino que le ha sido negado.

Malena, como sabemos, se cría en el seno de la familia de su madre. Una familia de alcurnia que posee tierras, negocios, prestigio y una alta posición social. A pesar de la guerra civil los Fernández de Alcántara logran mantener sus bienes y se acomodan, aparentemente sin mayor problema, a la dictadura de Francisco Franco. La historia habría sido distinta si los republicanos hubiesen ganado la guerra, tal como deseó el abuelo Pedro, pues se habría podido divorciar de su esposa y casarse con la mujer que amaba. Pero las cosas siguieron igual, el abuelo Pedro siguió casado con Reina (M) y teniendo hijos con Teófila. Y mientras tanto los miembros de la familia aprendieron a esconder verdades y guardar apariencias. Y, sobre todo, a juzgar a los que no siguieran las reglas tácitas del ‘deber ser’.

Desde pequeña a Malena la sorprende que su padre no tenga una relación igual de cercana a su propia familia, como la que sí mantiene su madre. Es más, nota que casi nunca se nombra a la abuela Soledad y que a su madre le disgusta tener que pasar tiempo con cualquier pariente de su esposo. La propia Malena sólo ve a su abuela un par de veces al año y no sabe prácticamente nada de su vida, pues nunca ha tenido oportunidad de compartir o siquiera conversar a solas con ella.

El azar que une a estas dos mujeres en un diálogo que se extiende varias semanas, y que cambiará para siempre la percepción de mundo de Malena, es precisamente el mal de amores que la adolescente sufre por Fernando. Como ya hemos visto, sus palabras se vuelven una huella indeleble en su construcción de identidad como mujer y la alejan aún más del ideal de ‘buena mujer’ que ella ve representada en su madre y su hermana. Malena no logra entender cómo a él se le pudo acabar el amor por ella, así de repente, mientras ella sigue ahogada en un enamoramiento que ronda la obsesión. La desesperación la lleva a buscar a Fernando a casa de Teófila y cuando ella le niega la posibilidad de verlo, Malena comienza a gritar, rogar y luego llorar durante horas frente a la puerta de la casa de la amante su abuelo hasta que la recogen y la llevan de vuelta a la casa de su familia. Reina no aguanta la humillación a la que la ha expuesto su hija y la regresa a Madrid a mitad del verano. La deja en casa de su suegra para evitar que provoque más vergüenza a la familia.

El diálogo entre Malena y Soledad está al final de la segunda parte del libro. En cincuenta y ocho páginas se desarrolla el relato que tiene lugar en pequeño departamento de la abuela, en donde va apareciendo poco a poco no sólo la historia de un amor, sino la de un Madrid que a pesar de ser el mismo en el que nació y creció Malena, le es completamente desconocido. Sobre todo aparece ante ella una mujer que lo tuvo todo y lo perdió todo: su abuela. La relación entre abuela y nieta se prolonga hasta la muerte de Soledad tres años

después del verano que pasan juntas. A partir de la analepsis hay otros fragmentos de la historia de Jaime y Soledad en algunas páginas a la mitad de la tercera parte de la novela.

La imagen del personaje de Soledad nace a partir de un cuadro, una alegoría que se llama “*La Republica guía al Pueblo hacia la Luz de la Cultura*” (Grandes 339) para el que posó a sus veinte años. Malena reconoce a su abuela en el cuadro, y Soledad dice: “Más bien era yo” (338). Así como habla Barthes de la foto de su infancia en la que aparece en brazos de su madre: “(no es de ‘mí’ de quien habla)” (Barthes *Roland Barthes* 6).

En efecto la imagen del cuadro muestra a una Soledad que ya no es, no sólo por el paso de los años, sino por lo que ese tiempo se ha llevado: su vida. En especial porque su situación particular, haber perdido una guerra, le ha quitado el derecho a la memoria de esa vida que ya no existe y de la cual no quedan casi rastros. Malena sólo sabe que su abuelo Jaime murió en la guerra civil y que no es un héroe, pues nadie habla de él: “fue un muerto del otro lado. Esos muertos no cuentan” (Grandes 340). Al acordarse de Jaime, Soledad termina, como dice Ricoeur, acordándose de sí misma (Ricoeur *La memoria* 128), de la mujer del cuadro que sonrío y tiene rizos en el pelo, y cómo ésta se convirtió en la mujer de sesenta y ocho años que es ahora, y aún fuma a pesar de tener enfisema pulmonar y cuyo cabello se alació, de golpe, después de la guerra.

“A veces pienso que, al cabo, el mayor delito del franquismo ha sido ese, secuestrar la memoria de un país entero, desgajarlo del tiempo, impedir que tú, que eres mi nieta, la hija de mi hijo, puedas creer como cierta mi propia historia, pero fue así, en serio...” (Grandes 343). Y finalmente eso es lo que quiere hacer Soledad, contar su historia a su nieta para como afirma Ricoeur: “luchar contra el olvido, arrancar algunas migajas del recuerdo de la rapacidad del tiempo (Agustín dixit), al la ‘sepultura del olvido’” (*La memoria* 50).

Entre la melancolía y el duelo

Ya conté la manera como se conocen Soledad y Jaime en Madrid en el año 1928. Poco después de ese primer encuentro están casados y tienen dos hijos. Ella continúa sus estudios, pues está haciendo una maestría en historia. Llevan una buena vida. Aunque no son republicanos, sí son liberales y eso conduce a que Jaime acepte el puesto de fiscal especial para tribunales de guerra en Madrid, cuando ya la lucha entre el Frente Popular y el Frente Nacional está cada vez más álgida, y las tropas de Franco parecen llevar la delantera. “Y estaba muerto, desde principios del 39 estaba muerto, era un muerto que andaba, que comía, que se levantaba y que se acostaba, pero estaba muerto, muerto, muerto...” (Grandes 376).

Además, Soledad queda embarazada del hijo que nunca conocerá a su padre (quien luego será el padre de Malena). Intenta abortar para que puedan escapar de Madrid, pero durante el procedimiento hay un bombardeo, la partera huye y la deja al borde de la muerte. Luego, su última esperanza para escapar es el cuñado de Soledad, quien los traiciona y se va a Francia sin ellos, antes de que las tropas de Franco se tomen Madrid.

El abuelo Jaime se niega a permitir que lo fusilen y que además se lleven presa a Soledad. Dos días antes de que Franco entre a Madrid, y se acabe la guerra, sale al frente, va a las trincheras, le quita el fusil a un soldado del Frente Popular y comienza a disparar hasta que lo matan.

“La evocación no se siente (pathos) simplemente, sino que se sufre” (Ricoeur *La memoria* 59). Esto queda claro en el ritmo de la narración y en el dolor, la tristeza y el rencor que Soledad logra expresar durante todo su diálogo con Malena. Es por esto también que más que una plática de un día, ésta se convierte en una conversación que se interrumpe

varias veces, o como describe la narradora: “sin que yo se lo pidiera fue desentrañando para mí un epílogo largo y opaco, como un muro fabricado con bloques de piedra gris, severa y lisa, sin llanto y sin héroes, sólo el ritmo aplastante de los días que se suceden para disolverse en la profundidad de un hoyo infinito, enteramente hueco” (Grandes 361).

Las heridas no han sanado. Roland Barthes escribió que al perder a su madre no sólo había perdido a la figura de su madre sino al alma que hacía de ella un ser irremplazable para él (Barthes *La cámara* 119). Eso mismo le ocurre a Soledad cuando pierde a Jaime.

Perdí a mi marido y hubiera preferido morir con él, no es una frase hecha, te lo juro por su memoria, que es lo único sagrado para mí, y te lo juro a ti, que eres su nieta, que hubiera preferido morirme a sobrevivirle, tenía tan sólo treinta años, pero si me hubiera dejado, me habría ido a morir con él, y en cambio me tocó vivir. He vivido sin ganas un montón de años, me he levantado de la cama miles de mañanas y he vuelto a ella miles de noches sin esperar nada, sabiendo que el presente estaba hueco, y el futuro igual de vacío... (Grandes 367).

Esta cita me remite inevitablemente al siguiente pasaje del texto de Barthes:

El horror consiste en esto: no tengo nada que decir de la muerte de quien más amo, nada de su foto, que contemplo sin jamás profundizarla, transformarla. El único <<pensamiento>> que puedo tener es el de que en la extremidad de esta primera muerte mi propia muerte se halla escrita; entre ambas, nada más, tan sólo la espera; no me queda otro recurso que esta *ironía*: hablar del <<nada que decir>> (Barthes *La cámara* 143).

Soledad siente culpa porque cree que la muerte de Jaime es responsabilidad suya, de su embarazo, de su intento de aborto. “en la melancolía es el yo el propiamente desolado:

cae bajo los golpes de su propia devaluación, de su propia acusación, de su propia condena, de su propio abatimiento” (Ricoeur *La memoria* 101). Pero al mismo tiempo culpa a Jaime constantemente y mantiene conversaciones imaginarias con él en las que le reprocha que la haya dejado sola. Desea la muerte. El día que Jaime se va al frente, ella lo persigue y cuando no la dejan seguir a la trinchera, ruega, sueña, con que una bomba la mate. Ricoeur escribe que los síntomas más fuertes de la melancolía son la depresión y el miedo (*La memoria* 103). En el caso de Soledad este miedo se refleja físicamente en su pelo, que pasa de ser bello, abundante y sobre todo rizado, a ser lacio y feo.

Además de la culpa, otros dos factores importantes arrastran a la melancolía. Por un lado están los objetos atados a los recuerdos. Ella pierde su casa y debe irse a vivir a un barrio pobre al otro extremo de la ciudad en donde nadie la conoce, para empezar de nuevo. Las pocas cosas de valor que logra llevar consigo, entre esas un juego de ajedrez de ébano y marfil que le había regalado a su esposo años atrás y sus joyas, que las tiene que vender para poder alimentar a sus hijos. “Es como si se desvaneciera tu memoria, como si tu personalidad se desintegrara” (Grandes 366). Lo único que le queda para recordar a su marido son dos libros, *La cartuja de Parma* de Stendhal y *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen; un prendedor con la imagen de Campanita, la compañera de Peter Pan; y dos cacahuates de los que le traía Jaime de regalo en los bolsillos de su saco en la noches. Los libros se los dio a sus hijos hombres, el broche a su hija, es la única herencia que les pudo entregar de su padre. Los cacahuates los guardó para ella.

Pero sobre todo es la ausencia del cadáver lo que no permite a Soledad hacer el duelo. No haber podido darle sepultura hace que ella siga esperando el regreso, el milagro que le permita a ella volver a vivir.

Esperaba a su marido todavía, porque jamás llegó a ver su cadáver. Sabía que había

muerto y que lo habían enterrado en una fosa común, al pie del Parque del Oeste o debajo de lo que ahora es una acera cualquiera, los vencedores habrían trabajado de prisa para esconder el hediondo trofeo de su cadáver, pero ella nunca lo había visto y lo esperaba (362).

Una lápida con su nombre

No sólo es la ausencia física de un cuerpo lo que no permite a Soledad hacer el duelo. Es el miedo a la pérdida del nombre de su esposo, y el dolor que despierta en ella cada vez que lo lee, o cuando lo escucha.

Porque cada vez que leía su nombre en cualquier parte, en el Libro de Familia, en una tarjeta de visita metida en cualquier libro, o en una carta que se hubiera caído por azar dentro de algún cajón, cada vez que encontraba algo así y leía su nombre sin esperármelo, sentía como si alguien me hundiera las uñas en la barbilla y tirara de mi piel hacia abajo con todas sus fuerzas, desollándome entera, de cuajo, la garganta, y el pecho, y el vientre, y los muslos, y me tocaba la cara con la manos y las mejillas me ardían, como si tuviera fiebre. Entonces me dio por pensar que si me hubieran dejado llegar hasta él, si hubiera podido llevarme su cuerpo, y enterrarlo, y mandar que grabaran su nombre en la piedra más dura que pudiera encontrarse, entonces eso, al menos, habría podido soportarlo (517).

Finalmente lo único que se puede conservar de quien muere, además de la memoria, es el nombre propio. Este permanece y sigue nombrando después de la muerte.

A través de él podemos nombrar, llamar, invocar, designar, pero sabemos, podemos pensar (y este pensamiento no se puede reducir a mera memoria, aunque proviene de un recuerdo) que Paul de Man mismo, el portador de ese nombre y único polo de

estos actos, estas referencias, nunca volverá a responder a él, nunca responderá a él mismo, nunca más excepto a través de lo que misteriosamente llamamos nuestra memoria (Derrida *Memorias para* 60).

El simbolismo del nombre de Jaime Montero se ve marcado también en la ausencia de firma en la nota de despedida que encuentra Soledad el mismo día en que Franco entra a Madrid. “Era un mensaje corto, sin firma. Adiós, Sol, amor mío. Eres el único Dios que he conocido nunca” (Grandes 387). Parece un presagio de la desaparición de un hombre que ya sabe que va a morir y que haga lo que haga no puede escapar a su destino. Pero sobre todo de un hombre sin firma, sin nombre, que sabe que su memoria también está destinada a desaparecer, a ser olvidada. Que ya nada le queda más que su amor hacia su mujer, y esas son las palabras que quiere dejar registradas. Su firma no importa.

Es curioso que Soledad decida darle al hijo póstumo el nombre de su padre. Hay otro Jaime Montero. También es abogado y estudia en un colegio parroquial de un barrio pobre, igual que su progenitor. Pero este hijo no es consciente de su legado, no trata de perpetuar la memoria de su padre. Al contrario, evita hablar de él, no le cuenta su historia a sus hijas y se casa con una mujer que siente vergüenza de la familia y la procedencia de su esposo.

Por eso es tan significativo que Malena reciba la herencia del recuerdo de su abuelo. Pues con la muerte de Soledad, es ella la única que puede mantener viva la memoria de un hombre a quien su país, su historia y quienes lo traicionaron, habían condenado al olvido. “Si hay una finitud de la memoria, es porque hay algo del otro, y de la memoria como memoria del otro, que viene del otro y retorna al otro” (Derrida *Memorias para* 40). Malena también logra conservar la memoria al poner a su hijo el nombre de su abuelo, pues sabe que su bebé, que nace prematuro y muy enfermo, necesita el “nombre de un héroe”

(Grandes 586). Además, porque cuando le preguntan recalca que el niño no llevará el nombre de su abuelo sino de su bisabuelo, que aunque es el mismo tiene un significado simbólico completamente diferente.

El padre de Malena y su hermana, que se llama también Soledad, sin embargo, tienen un gesto de gran importancia cuando muere su madre. En su tumba ponen una lápida con la inscripción: “<<Aquí descansan Jaime Montero (1900-1939) y Soledad Márquez (1909-1980)>>. La mentira fue idea de mi padre. Sol añadió, debajo, el último verso de un soneto de amor de Quevedo” (398). Así lograron por fin dejar un registro escrito de la muerte de su padre, y darle paz a la memoria de su madre. La paz que sólo una lápida con un nombre le podría haber dado en vida. La posibilidad del duelo.

Imágenes y fotos de los que fueron

Malena también quiere conservar viva la memoria de su abuela y lo hace al colgar en su casa el cuadro de ella cuando joven. El retrato de Soledad comparte pared con el de Rodrigo el Carnicero, las dos líneas de sangre que son un soporte simbólico del legado del cual Malena se siente orgullosa, pero que al mismo tiempo la excluyen aún más el ‘deber ser’, pues con ellos se reconoce como miembro de los de la ‘mala sangre’ y nieta de una mujer que representa todo lo contrario a lo que es correcto y honorable en un país ultraconservador y católico.

Soledad nunca fue creyente, pero después de la llegada de Franco al poder, y para proteger a su familia y proveerlos, se ve obligada a asistir todos los días a la misa matutina del barrio obrero al que se tiene que ir a vivir con sus hijos. Por las noches comienza un ritual después de llevar a los niños a la cama, en el que sobre la mesa del comedor hace un altar con dos velas y tres fotos de Jaime. De rodillas, en frente del altar, lleva a cabo largas

conversaciones con su esposo muerto en las que siempre vuelve a preguntarle: “¿Por qué me has dejado sola?” (363). Una vecina la ve y cree que está rezando. Gracias a esa confusión, la mujer decide ayudar a Soledad a conseguir un empleo como profesora, pues según ella los rojos no rezan, como sí cree ella que lo hace esta viuda recién llegada al barrio todas las noches.

Soledad está convencida de que Jaime, desde el más allá, hizo el milagro de ayudarle a sacar adelante a sus hijos. Finalmente es gracias a su altar con fotos que se crea la ilusión de un monumento religioso, y con sus conversaciones con Jaime las que la ayudan a mantener la calma a través del uso de la fotografía como “el retorno del muerto” (Derrida *Las muertes de 77*).

El padre de Malena tiene pocas fotos de sus propios padres. Lo curioso es que las que conserva son sólo aquellas en las que aparecen los dos juntos. No guarda fotos de su madre después de viuda. De alguna manera legítima así lo que siente Soledad, que su vida sólo fue real y válida mientras su esposo estuvo vivo. También quizás porque esas son las únicas pruebas del paso de su padre por la tierra y de su relación con su madre. Lo único que explica y justifica su propia existencia.

Los días de verano que pasa Malena con su abuela le permiten escuchar la historia. Soledad también dedica buen tiempo a mostrarle a Malena lo que conserva del álbum familiar. Al observar las fotos con detenimiento, porque es la primera vez que se le permite hacerlo realmente, ella descubre los rasgos que heredó su padre de su abuelo. Ve lo parecidos que son, y entiende que ella también heredó los rasgos de él. Le permite ver una parte de su propio origen. “El linaje revela una identidad más fuerte, más interesante que la identidad civil –y también más tranquilizadora, pues pensar en el origen nos sosiega, mientras pensar en el futuro nos agita” (Barthes *La cámara* 158).

El diálogo no sólo es beneficioso y revelador para Malena. Es hasta la conversación con su nieta cuando Soledad logra decir, dar palabras, a la tristeza, al abandono que siente desde el día que muere Jaime. El tiempo que ha pasado le permite recordar y: “El recuerdo no se refiere solo al tiempo, exige también tiempo, un tiempo de duelo” (Ricoeur *La memoria* 102). Soledad logra cerrar el círculo, llegar a la aceptación de la vida que no quiso haber vivido y al contarla logra una especie de catarsis que le permite salir del estado melancólico en que se ha mantenido durante treinta y ocho años.

Esto de ninguna manera significa que no desee la tranquilidad que sólo le dará la muerte. Y la razón por la que me atrevo a decir esto es la manera como muere Soledad. Aunque es diagnosticada con enfisema pulmonar, a causa de su adicción al cigarrillo, no deja de fumar. Lo hace a escondidas de sus hijos, la única que sabe de la continuación de su vicio es Malena. Tres años después del verano juntas, muere Soledad “con un cigarrillo entre los labios” (Grandes 387). Ella no quiere extender su vida. Tampoco recurre al suicidio como tal, pero sabe que al no dejar de fumar la muerte llegará más rápido. Así como Roland Barthes, creo, era conciente de que podía morir al cruzar la calle sin dejar de leer el libro abierto que llevaba entre sus manos.

6.3 Magda devela sus secretos

Espero, por supuesto, si tiene algún poderla justicia divina, que hallarás tu castigo, ahogado entre las rocas. Y que invoques el nombre de Dido muchas veces

Virgilio

Los secretos también fueron parte fundamental de la vida de Magda. En general, en la familia Fernández de Alcántara lo común era que muchos temas no se tocaran, varios hechos se escondieran, y la primera reacción de todos fue siempre mentir, como le cuenta Magda a Malena en su revelador reencuentro.

Además, nosotros estábamos acostumbrados a hacer siempre las cosas en secreto, bajo cuerda, desde pequeños, no le digáis a los otros niños que en la casa comemos jamón, nos decía Paulina, cuando nos llevaba al parque en plena posguerra, y luego siguió pasando lo mismo, todos teníamos amigos escondidos, todos mentíamos en casa, todos comprábamos algo prohibido... eso era lo normal para nosotros así que liarme con tu padre tampoco me parecía tan grave... Era un secreto más, solamente, un secreto entre doscientos o trescientos, y ni siquiera corríamos el riesgo de terminar en la cárcel (Grandes 640).

Curiosamente, a pesar de ser una experta en mentir y guardar secretos, Magda es la única que siempre le habla con la verdad a Malena. Obviamente le pide a su sobrina que no

revele nunca esa verdad, cosa que ella hace con esmero durante toda su vida, pero es gracias a Magda como ella puede ver la realidad de su mundo.

Magda sabe lo que siente Malena, porque ella se crió en el mismo ambiente y tampoco logró pertenecer ni entenderse con las Reinas. Es Magda quien le regala a Malena un diario, porque sabe que su sobrina no va a tener con quien compartir sus inquietudes, y sobre todo no va a encontrar quien las comprenda. Y aunque ellas no se ven desde que Magda escapa del convento (que valga decir que Malena conocía sus planes y siempre supo a dónde se fue su tía) hasta que se reencuentran veinticinco años después, Malena siempre se ve reflejada en Magda, “porque allí, apoyada en el quicio, estaba ella y era yo misma veinticinco años después” (618).

El reencuentro

“-Has tardado mucho en llegar, Malena...” (619). Así recibe Magda a su sobrina. A pesar de la distancia y de los años separadas, ella sabe todo lo que ha pasado en la vida de Malena, pues como le cuenta a su sobrina ha tenido una relación amorosa con Jaime, su padre, durante muchos años y es él quien la ha mantenido al tanto de todo.

Esa es una de las confesiones que le hace Magda a Malena. Ella no le toma a mal el amorío con su padre, pues siempre sospechó que algo pasaba y siempre ha sentido más amor y fidelidad hacia su tía que hacia su propia madre. Magda también le confiesa la verdadera razón por la que entra al convento y se escapa de él: su aborto, tema del que ya hablé anteriormente.

Finalmente, la confesión de los pecados viene a coronar ese movimiento de interiorización del pecado por el que éste se integra en la culpabilidad personal: el tú a quien apostrofa el profeta se convierte en el yo que acusa a sí mismo, pero por el

mismo hecho que opera ese cambio de rumbo en virtud del cual el sentido del pecado vira hacia el sentimiento de culpabilidad (Ricoeur *Finitud* 370).

Magda también se ha sentido culpable toda su vida, igual que Malena. Culpable de no pertenecer, culpable de amar a su padre y de no haber ido a despedirse de él antes de que muriera, culpable de no haberle confesado sus intenciones antes de abortar. Al contarle todas las verdades a Malena ella se está liberando de una carga y liberando a su sobrina de una carga.

“Además, no podíamos elegir, ¿sabes?, nosotros no pudimos elegir. Mis padres sí y los suyos, y vosotros también, tú has podido elegir qué quieres ser, cómo quieres vivir, qué quieres hacer, pero nosotros... Cuando yo era joven, el mundo era de un solo color, bastante oscuro, y las cosas eran de una sola manera” (Grandes 639).

Para Magda uno de los grandes problemas en su vida es el momento histórico en que nace. La más recalcitrante dictadura, en donde los valores de la moral católica están por encima de cualquier otra cosa. Por eso, ella depende de los secretos y las mentiras, igual que los demás que crecen en ese momento. “El discurso transporta y produce poder: lo refuerza, pero también lo mina, lo expone, lo torna frágil y permite detenerlo. Del mismo modo, el silencio y el secreto abrigan el poder, anclan sus prohibiciones; pero también aflojan sus apresamientos y negocian tolerancias más o menos oscuras” (Foucault *Historia* 195).

Lo que no se sabe no puede herir ni molestar a nadie, lo que importa es que se mantenga secreto. La doble moral se basa en que cada quien se cerciore de no revelar sus faltas al público. Que cada quien coma callado y a escondidas.

La sed de venganza, la imposibilidad del olvido

Magda decide revelarse, no casarse, abortar, tener amantes, guardar secretos, pero el sistema le gana la partida. Al punto que le es necesario huir para poder vivir, para no perecer en la garras de su madre y su hermana. Esos dos personajes marcan la vida de Magda y ella las odia y quiere vengarse de ellas. Su manera de hacerlo es el llevar el deshonor y la vergüenza a su familia, escapando del convento para así dejar a la sociedad pensando lo peor. Dejar de esconderse para que todos conozcan sus secretos, o por lo menos parte de ellos.

Yo quería vengarme, terminar con ellas para siempre, borrar de mi futuro hasta el recuerdo de la sombra de su nombre, y por las buenas nunca lo habría conseguido, porque más tarde o más temprano, la cosas habrían vuelto a estar como antes, por eso no le conté la verdad a mi padre, y él no me creyó, no se lo creyó nunca, ni por ningún momento, y no me lo perdonaré en la vida, él no se merecía que le mintiera, y le mentí, no se merecía que le traicionara, y le traicioné... (Grandes 671).

Magda nunca logra hacer el duelo por la muerte de su padre, pues no se puede despedir de él y siente culpa por haberlo traicionado al no contarle de antemano sus planes de escape. Aún así, después de que Magda huye del convento se vuelve a encontrar con su padre en unas cuantas oportunidades, pues él va a visitarla. Las personas que conocen de su paradero, Tomás, Jaime, Pedro y Malena, la visitan esporádicamente lo que le permite mantener un cierto vínculo con su familia, y sobre todo saber de sus seres queridos, en especial Malena. Pero la sed de venganza y el odio que siente hacia su hermana y su madre no le permiten liberarse de su pasado. No la permiten olvidar, ni perdonar. Este es un fantasma constante en su vida, tanto así que la obliga a autocondenarse al ostracismo, en gran medida porque se siente culpable. Y como apunta Ricoeur (*Finitud* 367): estar dispuesto a soportar el castigo o la condena es lo que hace al sujeto culpable. Por eso es que

su momento de evocación, cuando se reencuentra con Malena, es un *pathos* constante. Ella, al igual que Soledad y que la narradora misma, sufre al recordar lo que pasó. Porque no sólo dejó una huella, sino que definió su futuro.

Pero gracias a su narración Malena está dispuesta a enfrentar su presente, su pasado y a liberarse de la culpa. Finalmente, Magda es la única que siempre ha sido sincera con Malena, desde que era niña, siempre la trató como una igual.

7. Conclusiones

Al hacer una aproximación hermenéutica a *Malena es un nombre de tango* puedo concluir que la novela plantea preguntas sobre la otredad y la abyección, a partir de la creación de tres personajes femeninos que no logran encajar dentro del ‘deber ser’ de la sociedad heteronormativa y patriarcal de la España del siglo XX. Hay implícita en la trama una lucha y un cuestionamiento constante entre los binomios bueno/malo, puta/santa y normal/anormal. Tanto la narradora, Malena Montero, como su tía Magda y su abuela Soledad son mujeres agramaticales a nivel público, lo cual las convierte en abyectas. Su abyección ayuda, a partir de la teoría del exterior constitutivo (lo que está por fuera del margen me ayuda a definirme dentro del margen y en la normalidad), a que las supuestas ‘buenas mujeres’ (las Reinas) se reconozcan dentro de la norma. Y también es por eso que las Reinas luchan por mantener a las Otras en un estado de perpetua abyección usando el mecanismo de la culpa. Si Reina y su madre no hubiesen logrado excluir a Malena y a Magda no hubieran podido adherirse dentro de la norma de su sociedad.

Lo que muestra la novela es que debe haber Malenas para que pueda haber Reinas, pues la amenaza de la abyección ayuda al sujeto a emerger y a adscribirse a la heteronormatividad que lo hace basar su performatividad en los ideales de género binarios que rigen su sociedad. Sobre todo porque nos reconocemos en aquello que nos es ajeno, externo: el Otro. Nos diferenciamos de él y lo juzgamos inmediatamente como ‘malo’. Si ese que es Otro está mal y yo soy distinto a él, entonces yo estoy bien. A partir de esto es que las Reinas se reiteran dentro del ‘deber ser’.

Esta manera de actuar de las Reinas sugiere otro tema que atraviesa la novela: la lealtad. ¿A quién se le debe ser leal? ¿De quién podemos esperar lealtad? La conclusión es

para Malena, que los únicos que le serán leales son aquellos que se salen de la norma y son abyectos como ella, es decir su tía, su abuela paterna y los que llevan la mala sangre de Rodrigo el Carnicero.

A partir de este lente de la abyección la obra cuestiona temas como el instinto materno, el amor marital y habla abiertamente del aborto y los embarazos no deseados.

La literatura escrita por mujeres ha sufrido de varios prejuicios, entre ellos que sus novelas suelen quedarse suspendidas en el mundo interno de sus personajes sin que éstos confronten la realidad social y política del tiempo y el lugar en que se desarrollan los hechos. *Malena es un nombre de tango* rompe de tajo ese prejuicio, pues es una fuerte crítica a la realidad española de 1960 a 1994. Esta tradición de crítica social es una herencia que viene desde Jane Austen, y al igual que en el caso de la inglesa, es en las subcorrientes de la trama donde se encuentran los cuestionamientos más importantes.

El discurso de la novela es duro y cuestiona varios aspectos del país en el que crecieron tanto Almudena Grandes como Malena Montero, pero lejos de ser un texto panfletario, es una historia de un ritmo impecable que hace que el lector lea con arrebatos las páginas, 761 para ser exactos, embebido en la compleja historia. La trama maneja tantos hilos que por momentos puede parecer que se enreda en una madeja que no se desovilla nunca. Pero lo hace, aunque no se resuelve por completo, porque al final el buen autor sabe que los silencios son claves para que el lector llene los espacios con su propia imaginación.

Si es cierto que una de las funciones de la ficción, unida a la historia, es la de liberar retrospectivamente ciertas posibilidades no efectuadas del pasado histórico, es gracias a su carácter cuasi histórico como la propia ficción puede ejercer *a posteriori* su función liberadora. El *cuasi pasado* de la ficción se convierte así en el revelador de los *posibles escondidos en el pasado efectivo* (Ricoeur *Tiempo III* 916)

[Las cursivas son del texto].

Lo que da aún más valor a la obra son los planos temporales esta que maneja. El tiempo objetivo, de apenas unas horas cuando Malena se encuentra con Rodrigo el psiquiatra pero que el lector sólo descubre casi al final, es el espacio en donde se desarrolla el tiempo subjetivo que es la narración de la protagonista como tal. El tiempo subjetivo o interno va desde los siete años de Malena hasta sus treinta y tres, pero salta en prolepsis y analepsis constantes que son características de la evocación de la memoria. El desorden con el que llegan los recuerdos es el mismo con el que Malena va contando su historia. La narradora salta de un momento a otro mientras recrea diálogos que acontecieron y hace además una introspección y un autoanálisis de lo que ha sido su vida hasta entonces. A través del discurso, que se convierte en una confesión en donde por fin revela los secretos propios y ajenos que ha cargado Malena toda su vida, busca expiar sus culpas y aceptar su vida, básicamente aceptarse a sí misma.

La novela es dialógica y en ciertos momentos logra parecer polifónica pues la narradora cede su voz a las voces de su tía Magda y su abuela Soledad por medio de la recreación de las conversaciones que tuvo con ellas. Todas se confiesan, todas liberan sus secretos por medio del diálogo, de la complicidad entre dos. Pero la realidad es que al final, aunque el lector logre olvidar que es una historia contada por una sola persona, es una narración hecha a partir de la memoria de Malena. Por lo tanto debemos confiar en sus recuerdos, en su versión. Es fascinante, porque la memoria es sin duda traicionera, siempre tiene un dejo de imaginación y no es ordenada. Los recuerdos llegan por olas y es por eso que la narración de Malena es ágil, rápida. Hay mucha coma y poco punto en todo el texto, como si Malena quisiera contar todo lo más rápido posible para evitar que el recuerdo se le escape, para ir al tiempo con la velocidad de la evocación. Por eso a veces la narración

puede parecer atropellada, veloz, como si quisiera sacar todo y decirlo antes de que se le pueda olvidar.

Precisamente es quizás por un cierto afán de confirmación que las descripciones de la narradora buscan ser exactas, precisas y llenas de pequeños detalles. La prosopografía y la toponimia abundan en todo el texto. Al igual que la ironía, que está presente en toda la novela. ¿Pero qué mejor manera de romper el silencio, de hablar de lo que no se debe hablar, que con humor? Porque precisamente, como es una confesión, es una expiación, en este texto la historia que se cuenta es sobre aquello que no se debe contar. Lo que debe quedar oculto, bajo cualquier circunstancia. Esta es una novela sobre los secretos de una mujer, de una familia, de una nación. *Malena es un nombre de tango* es, sobre todo, un texto sobre la memoria. La de una mujer y la de un país.

Aunque la narración de Malena es una confesión, o para ser más exactos una sesión de psicoanálisis, es narrándose a sí misma su propia historia que ella puede liberarse del peso de la culpa, de su pasado y emprender un futuro sin esa carga. Al igual que al narrar la historia de quienes perdieron la Guerra Civil la novela busca dejar de lado el olvido y confrontar al lector con el legado desconocido de un país que se ha volcado al silencio y al olvido. “A veces pienso que, al cabo, el mayor delito del franquismo has sido ese, secuestrar la memoria de un país entero, desgajarlo del tiempo, impedir que tú, que eres mi nieta, la hija de mi hijo, puedas creer como cierta mi propia historia, pero fue así, en serio...” (Grandes 343).

Quizás ésta obra ayudó a otros a romper el silencio y salir de la trampa del olvido. Sin duda ayudó a Grandes, quien considera esta novela la más autobiográfica de sus obras, pues es la novela que le abrió a la autora el camino para explorar la historia de su país a un nivel mucho más profundo, como ha hecho hasta la fecha. Lo interesante es que sin ser una

novela feminista, ni una novela costumbrista, logra enfocarse sobre esos temas al crear un ambiente “como si” fuera real y el lector siente empatía por Malena y desprecio por las Reinas; no tiene que adscribirse a una teoría de género, pero abre sus conceptos a la posibilidad de lo Otro, lo diferente.

Es verdad que mucho se ha criticado a la escritora, sobre todo por la buena venta de sus libros. Harold Bloom dijo en 2011 al diario *El País* “La literatura imaginativa, tal y como la cultivaban Shakespeare, Cervantes, Dante y Montaigne, ha cedido ante la basura abominable de los best sellers”. Pero si el éxito comercial es equivalente a la mala calidad literaria, tendríamos que juzgar como literariamente pobres obras como *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. No creo que el éxito comercial desdiga la calidad de un texto. Y creo que *Malena es un nombre de tango* es una obra de literatura de calidad. Lo digo además después de haber leído el texto completo por lo menos unas cinco veces, si no más. Cada vez logré encontrar nuevas interpretaciones, se me abrieron nuevas dudas y sobre todo disfruté de la historia, del lenguaje, de los saltos en el tiempo y sobre todo del ritmo.

Roland Barthes escribe en *El grado cero de la escritura*: “La Novela es una Muerte; transforma la vida en destino, el recuerdo en acto útil y la duración en un tiempo dirigido y significativo” (35). No puedo pensar en mejores palabras para describir esta novela de Grandes.

Obras citadas

- Albert, Mechthild. *Vencer no es Convencer. Literatura e ideología del fascismo español*. Frankfurt am Main: Vervuert. Madrid: Iberoamericana, 1998.
- Anderson, Jon Lee. *El dictador, los demonios y otras crónicas*. Barcelona: Editorial Anagrama, 2009.
- Aristóteles. *Poética*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 2000
- Ávila, Yanina. “Desarmar el modelo mujer = madre.” *Debate Feminista* 15.30 (2004): 35-54. Print.
- Barthes, Roland. *El grado cero de la escritura*. México D.F.: Siglo XXI, 2011.
- . *El placer del texto y lección inaugural*. México D.F.: Siglo XXI, 2011.
- . *Fragmentos de un discurso amoroso*. México D.F.: Siglo XXI, 2011.
- . *La cámara lúcida. Notas sobre la fotografía*. Buenos Aires: Paidós, 2011
- . *Roland Barthes por Roland Barthes*. Caracas: Monte Ávila, 1997.
- Beauvoir, de Simone. *The second sex*. New York: Random House Inc., 2009.
- Borges, Jorge Luis. *Ficciones*. Madrid: Alianza Editores, 1995.
- Butler, Judith. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires: Paidós, 2002.
- . *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, 2007.
- Delumeau, Jean. *El miedo en occidente*. Madrid: Altea, Taurus, Alfaguara S.A. 1989.
- Derrida, Jacques. *Memorias para Paul de Man*. Barcelona: Gesida, 2008.
- . *Las muertes de Roland Barthes*. México: Taurus, 1999.
- Duby, Georges y Perrot, Michelle. *Historia de las mujeres en Occidente*. Madrid: Taurus

Ediciones, 1993.

Eco, Umberto. *El Péndulo de Foucault*. México D.F.: Random House Mondadori S.A., 1997.

---. *Obra abierta*. Barcelona, Editorial Ariel S.A. 1979.

Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*. México D.F.: Siglo XXI, 2012.

---. *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*. México D.F.: Siglo XXI, 2011.

---. *Historia de la sexualidad 3. La inquietud de sí*. México D.F.: Siglo XXI, 2012

Fisher, Helen E.. *Anatomía del Amor. Historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1994.

Gadamer, Hans-Georg. *Estética y hermenéutica*. Madrid: Editorial Tecnos, 1996.

---. *Verdad y Método II*. Salamanca: Editorial Sigeme, 1992.

Gama Leyva, Michelle. *Categorías en disputa: La resitencia como condición ética*.

Barcelona: Trabajo final dirigido por la Dra. Meri Torras para optar por el título de

Máster Oficial en Literatura Comparada Estudios Literarios y Culturales.

Universidad Autónoma de Barcelona, 2011.

Gilbert, Elizabeth. *Committed. A love story*. New York: Penguin Books, 2010.

Girard, René. *El chivo expiatorio*. Barcelona: Editorial Anagrama S.A., 1986.

Grandes, Almudena. *Malena es un nombre de tango*. Barcelona: Tusquets Editores S.A., 1994.

Geer, Germaine. *La mujer eunuco*. Barcelona: Editorial Kairós, 2004.

Hall, Stuart y Du Gay, Paul. *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

Huston, Nancy, *Reflejos en el ojo de un hombre*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, S.L., 2013

- Irigaray, Luce. *Ética de la diferencia sexual*. Pontevedra: Ellago, 2010.
- Kristeva, Julia. *Al comienzo era el amor. Psiconálisis y Fe*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2002.
- . *Historias de amor*. México D.F.: Siglo XXI Editores S.A., 1987.
- . *Poderes de la perversión. Ensayo sobre Louis-Ferdinand Céline*. México D.F.: Siglo XXI Editores S.A., 1988.
- Marín Arce, José María. *Algunas claves interpretativas de la transición española*. Bruselas, Presses Interuniversitaires Européennes, 2003. Del compilado: *Transiciones de la dictadura a la democracia: los casos de España y América Latina*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2005.
- Mérida Jiménez, Rafael M. *Cuerpos Desordenados*. Barcelona: Editorial UOC, 2009.
- Moran, Caitlin. *How to be a woman*. Nueva York: Harper Perennial, Harper Collins Publishers, 2011.
- Mouffe, Chantal. *El retorno de lo político*. Barcelona: Paidós, 1999.
- Ordoqui, Agustina. Almudena Grandes: “*Al escribir sobre la dictadura, descubrí una mina de oro sin explorar*”. Infobae.com 2013. Web. Diciembre 2013.
- Palomar Vereá, Cristina. “‘Malas madres’: la construcción social de la maternidad.” *Debate Feminista* 15.30 (2004): 12-34. Print.
- Perrot, Michelle. *Mi historia de las mujeres. (Mon histoire des femmes.)* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.
- Prado, Gloria. *Creación, Recepción y Efecto. Una Aproximación Hermenéutica a la Obra Literaria*. México D.F.: Editorial Diana S.A., 1992.
- Preciado, Beatriz. *Manifiesto Conrasexual*. Barcelona: Editorial Anagrama S.A., 2011.
- Ricoeur, Paul. *Finitud y Culpabilidad*. Madrid: Taurus Ediciones S.A., 1960.

- . *Freud: una interpretación de la cultura*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 1970.
- . *La memoria, la historia y el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- . *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 1995
- . *Tiempo y Narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 1995.
- . *Tiempo y Narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 1995.
- . *Tiempo y Narración III. El tiempo narrado*. México D.F.: Siglo XXI Editores, 1996.
- Sau, Victoria. *Diccionario ideológico feminista Vol I*. Barcelona: Icaria.
- Torras, Meri. *Cuerpo e identidad. Estudios de género y sexualidad I*. Barcelona: Edicions UAB, 2007.
- Valenzuela Cruz, Mercedes. "Soledad, pasión y frustración en los personajes femeninos de Almudena Grandes". *Revista de Estudios Literarios*. 43 (2009 Nov-2010 Feb).
- Vilgilio. *Eneida*. Barcelona: Gredos 1992.
- Woolf, Virginia. *A room of one's own and Three Guineas*. New York, Oxford University Press Inc, 1998.